



furia asesina

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

FURIA ASESINA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 658

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 42.026 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1974

© KEITH LUGER - 1959

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.267. — Muy alto, muy rubio, muy muerto.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967. — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

654. — Su delicada esposa.

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

812. — Un disparo en la madrugada.

En Colección COLORADO:

610.— ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

256. — Cuando los revólveres braman.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5. — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Jay Burton conducía el coche a través de la noche lluviosa en dirección a Little Rock, justo donde tres días antes había alquilado el vehículo para llegar a Jasper, en los montes Boston.

Había quedado satisfecho de su viaje. Desde Little Rock enviaría por avión a Nueva York el fruto de su trabajo, treinta folios mecanografiados a doble espacio en los que se reflejaban sus conversaciones con Eddie Sullivan, de noventa y dos años, compañero de Buffalo Bill y Annia Oakley. Sullivan había salido de Escocia ochenta años atrás y se estableció en el lejano Oeste, donde adquirió fama de hombre de la frontera. Fue testigo del duelo entre Frank James, hermano del célebre forajido Jesse James y Robert Grossehming. Sullivan, antes de unirse a Buffalo Bill fue camarero en un tren, conductor de caravanas, agricultor, *cow-boy* y guardián de prisión. Sus recuerdos harían las delicias del público que, a través del cinematógrafo y de las novelas, tenía una deformada idea de lo que realmente había sido el Far West durante la segunda mitad del siglo XIX.

Burton sabía que con aquellas entrevistas se había apuntado un tanto. En principio encajó mal la misión que le había sido encargada por Don Goldman, director del diario *Star*, donde trabajaba.

Sabía por qué Don le arrojaba de Nueva York. El, Jay, había osado enfrentarse con los *gangs* de los muelles, lo cual era algo muy poco recomendable para la salud. Allí estaba, para probarlo, aquel colega suyo que había quedado ciego porque un individuo le arrojó, inopinadamente, en plena calle, una buena cantidad de vitriolo a la cara.

Ahora que viajaba en la soledad de aquella tempestuosa noche rumbo a Little Rock, capital del estado de Arkansas, recordaba las palabras de Don Goldman y su ancha sonrisa mientras le decía:

«—Tengo un trabajo para ti, Jay. Algo especial. Escucha unos instantes y te convencerás de que es algo que vale la pena. El pueblo norteamericano siente verdadero fervor por su corta historia, especialmente por la que abarca los años en que se extendía hacia el Pacífico. Ya sabes, luchas en las fronteras, pueblos incipientes, fiebre del oro, indios, petróleo... Toda una epopeya... Yo me he preguntado qué ha sido de aquellos hombres que las protagonizaron. Sí, sí, ya sé que Buffalo Bill y Hichkook murieron..., pero hubo muchos compañeros de esos grandes hombres que, si viven actualmente, podrían contar muchas cosas. ¿Qué te parece eso, Jay? Necesito un hombre curtido en el desaliento, emprendedor, que sepa utilizar la cabeza. Naturalmente, el trabajo no lo podrá hacer él solo. Necesitamos una agencia de investigaciones que nos proporcione los datos necesarios. Es decir, la comprobación de la existencia de los hombres que queremos entrevistar. Todo nuestro trabajo consiste en hacer una relación de tipos que, de un modo u otro, se relacionaron con aquellos hombres famosos. Tú te entrevistarás con aquellos que no hayan muerto. No empezaremos la publicación del serial hasta tener una docena de artículos que aseguren la continuidad. Es lo que a ti te falta para colocarte en todo lo alto, Jay, y me lo deberás a mí, muchacho. Recuérдалo».

Eso había sido todo. Jay sabía que era una orden y no tuvo más remedio que obedecer. Y habían transcurrido tres meses desde que salió de Nueva York. La agencia de investigaciones Mandragora les había facilitado la dirección de cuatro personas, tres hombres y una mujer, que vivían en distintas partes del país. Jay había entrevistado ya a la dama y a los otros dos ancianos. Tal como Don había pronosticado, era verdaderamente fascinador. Lo estaba resultando ya para él y lo sería también para el público.

Antes de salir para Little Rock hacia Jasper, para entrevistar a Eddie Sullivan, había recibido otra noticia buena. Precisamente, Robert Grossehmig, amigo de Sullivan, que ahora tenía noventa y dos años y que mató en duelo a Frank James, vivía en Ernfold, Canadá, dedicado a la agricultura. Jay prometió a Don que después de ir a Jasper tomaría el avión en Little Rock para trasladarse a Canadá.

Consultó su reloj. Eran las once de la noche. Esperaba llegar a

Little Rock sobre las siete de la mañana. Tendría solamente una hora de tiempo para descansar, ya que a las ocho saldría el avión que le llevaría al Norte. Primero a Springfield y desde allí a Ottawa.

De pronto, al salir de una curva, distinguió una sombra oscura que circulaba por la carretera de una parte a otra.

Jay sólo tuvo tiempo de girar el volante para evitar el atropello. El coche gimió metálicamente y los neumáticos chirriaron. Jay creyó que ahora el vehículo sería incapaz de sostenerse sobre las cuatro ruedas. Efectivamente, se levantó de un lado y en ese instante el alerón posterior de la izquierda golpeó contra algo. No podía ser otra cosa que un animal que se había cruzado en su camino y, durante una décima de segundo, Jay se maldijo mentalmente por haber tratado de evitar el atropello. No perdió la serenidad, a pesar de todo. Las dos ruedas posteriores resbalaron sobre el piso mojado y el coche reculó.

Se produjo un fuerte impacto al chocar uno de los guardabarros contra una roca y el carro siguió hacia delante, pero el golpe había producido un efecto amortiguador y ahora ya, Jay se hizo con el mando y fue disminuyendo la velocidad poco a poco, sin entrar en el centro de la carretera y, finalmente, apretó el pedal del freno hasta dejar el coche inmóvil.

Dio un resoplido, sacó el pañuelo y se lo pasó por la cara. ¡Infiernos! Recordaba perfectamente que tres segundos antes, justo el tiempo que había transcurrido desde que salió de la curva, su cara estaba completamente seca. Extrajo del hueco del tablero de instrumentos una botella de *whisky* y bebió un largo trago.

Miró hacia atrás, pero en el cristal posterior había demasiada agua. Se proveyó de una linterna y salió fuera.

El viento y la lluvia le azotó y tuvo que encasquetarse el sombrero para no perderlo.

El guardabarros de la izquierda estaba abollado.

Avanzó hacia la curva iluminando la carretera. Llegó al lugar donde, según sus cálculos, había visto al animal y desparramó un haz de luz por su alrededor. No; allí no había nada. Sus labios esbozaron una sonrisa. Después de todo, el ciervo, el jabalí, o lo que fuese, no estaba muy fuerte en la fauna salvaje de aquella región, había salvado la vida gracias a su maniobra, aun cuando hubiese puesto en peligro su integridad física. ¿Y si había herido de muerte

al animal? Se puso en movimiento otra vez y colocóse al borde de la carretera. La pista corría por entre el monte y éste aparecía lleno de pinos y abetos.

De pronto iluminó algo que atrajo su curiosidad. Estaba a sus pies, en tierra, fuera del asfalto. El agua la estaba diluyendo poco a poco. Era sangre.

El alerón del coche había golpeado fuerte al bicho. Dio un suspiro y deseó que el encontronazo no lo matase. Quizá podría seguir viviendo.

Alumbró por última vez hacia los arbustos y, al no ver nada, retrocedió hacia el coche.

Cuando volvió a ocupar el asiento ante el volante, se dio cuenta de que estaba empapado en agua. Ahora soltó una maldición en voz alta. Si Tony Cottino, el *gángster* con el que se había enfrentado en Nueva York, se enteraba de aquello, seguro que tendría motivos para reírse de él durante una semana. El tipo duro de Jay Burton deteniéndose en una noche de diablos para socorrer a un animal al que había herido con su coche. Alcanzó otra vez la botella de *whisky* y envió un nuevo trago al estómago. Luego la guardó en el bolsillo, se secó las manos con un trapo, puso el coche en marcha y reanudó su viaje.

Puso la radio. Una música dulzona inundó la atmósfera tibia. Era la emisora de Little Rock.

Diez minutos más tarde la música se interrumpió y el locutor anunció que estaba lloviendo en la mitad norte del estado y que la tempestad no amainaría con toda probabilidad en las siguientes veinticuatro horas.

Estaba corriendo por una recta cuando de pronto vio luces a lo lejos, en el centro de la carretera. Tuvo la impresión de que no se trataba de ningún coche. Conforme se fue acercando se convenció de ello.

Disminuyó poco a poco la velocidad hasta quedar detenido cerca de un grupo integrado por cinco hombres. Jay, extrañado, vio rifles, revólveres y, en ese instante un perro se puso a ladrar.

De entre los hombres se destacó un tipo fornido que mediría casi dos metros de estatura y que cubría la cabeza con un sombrero Stetson.

Jay bajó la ventanilla de su lado y observó al hombre que se

acercaba. Miró su cara de ojos muy separados, casi mongólicos, cejas espesas, nariz muy chata y bigote espeso que le cubría casi la boca. Se tapaba con un impermeable negro abotonado hasta el cuello.

—Soy Clark McHale —se presentó el desconocido—. Jefe de policía de Rakesville. Buscamos a un peligroso asesino que se fugó de la cárcel esta noche. ¿Encontró a alguien en el camino?

—No —dijo Jay—. Vengo de Jasper. No vi a nadie por estas montañas durante todo el trayecto.

Los ojos de McHale se desviaron hacia el asiento posterior, emitió un gruñido de asentimiento y luego depositó otra vez la mirada en el rostro de Burton.

—¿Usted es de Jasper?

Jay se dio cuenta de que McHale sabía perfectamente que él no era de Jasper. Había oído hablar de aquellos montañeses. Eran gente huraña y un poco brusca.

—No, no soy de Jasper —contestó—. Mi nombre es Jay Burton. Soy periodista.

McHale enarcó la ceja izquierda.

—¿De Little Rock?

—Un poco más lejos. Nueva York.

En los ojos de McHale bailaron unas lucecillas.

—¿De vacaciones?

—Si —mintió Jay—. En Jasper tengo un amigo... Hablando del hombre que persiguen, ¿qué es lo que hizo?

McHale le observó escrutadoramente.

—Tiene poco interés periodístico.

—¿Sí?

—Es un negro.

Jay se percató del tono con que pronunciaba aquellas palabras.

McHale prosiguió:

—Le metió un cuchillo en la espalda a uno de nuestros conciudadanos en plena calle. Fue algo que lo vieron todos y el propio negro confesó, como era natural, pero tuvimos un descuido en la comisaría y se largó por una ventana. No puede estar muy lejos; le cogeremos.

Jay se mantuvo un rato pensativo y luego dijo:

—Les deseo éxito.

—Gracias, señor Burton. Yo también le deseo un buen viaje.

McHale se apartó del coche e hizo una señal a los hombres que interrumpían el camino.

Jay puso en movimiento el «Buick» y empezó a alejarse carretera adelante. Miró hacia atrás y vio las luces difusas de las linternas a través del cristal posterior. Los perseguidores del negro ascendían monte arriba abandonando la carretera. Siguió corriendo hasta la próxima curva y, a la vuelta, se detuvo y apagó los faros. Encendió un cigarrillo y dejó transcurrir diez minutos. Luego puso eirá vez en marcha el coche, dio vuelta al volante y retrocedió por el camino hacia Jasper.

Se preguntó por qué hacía aquello, suponiendo que su hipótesis fuese exacta. Sólo encontró una respuesta. No le había gustado la cara de McHale.

Llegó al lugar en que se había detenido la primera vez, al salir de la curva, y frenó junto al borde de la roca cortada a pico donde el alerón trasero se había abollado, cuando trató de evitar el atropello del supuesto animal.

Bajó la ventanilla de la izquierda y escuchó un rato el rugido del viento y la lluvia que azotaban el coche y la tierra. No oyó más. Volvió a alcanzar la linterna y saltó fuera.

Se dirigió resueltamente hacia el lugar donde había descubierto la sangre. Ya no quedaba nada. Como era lógico, el agua se había encargado de borrar la huella. Alumbró otra vez los matorrales y saltó fuera de la carretera. Se puso a buscar entre los arbustos separando las ramas. Transcurrieron veinte minutos durante los cuales se fue alejando poco a poco de la carretera.

De pronto el haz de luz de su linterna lo iluminó. Estaba recostado contra el tronco de un árbol con los ojos muy abiertos, respirando entre jadeos. Mostraba una herida en la frente de la que manaba sangre, pero la lluvia que le caía encima la diluía rápidamente. Su pierna izquierda estaba muy horizontal, mientras la derecha aparecía encogida. Su diestra esgrimía una gruesa rama, más delgada por la parte que le servía de empuñadura.

Jay le calculó unos treinta años de edad.

—Hola —le saludó.

El negro hizo una mueca, sus dedos se crisparon sobre el rugoso palo que utilizaba como arma.

—No se acerque —advirtió.

—¿Por qué no? He venido a ayudarte.

—Nadie me ayuda. Usted es uno de ellos. Quiere llevarme adonde está el *sheriff* —hablaba entrecortadamente, la respiración agitada.

Jay trató de sonreír.

—¿Me has visto alguna vez? —le preguntó.

—No.

—Bien; eso te puede indicar que no soy amigo del *sheriff*.

—El señor McHale habrá pedido ayuda a los pueblos de a lado y usted debe ser policía de uno de ellos.

—No. No lo soy.

—No me engañará.

Jay adelantó las manos.

—¿Ves...? —murmuró—. No tengo ningún arma. Solamente una linterna.

El negro pareció darse cuenta ahora de que, efectivamente, el hombre que hablaba con él no portaba armas y parpadeó confuso pero al mismo tiempo levantó la rama.

—Márchese.

—No puedo dejarte aquí.

—Le digo que se marche... Yo me las arreglaré solo.

Jay chasqueó la lengua.

—Escucha, muchacho. Hace un rato me tropecé con el *sheriff* Te están buscando. Te cogerán pronto. No puedes ir muy lejos en el estado en que te encuentras.

El negro se humedeció los labios con la lengua.

—No me cogerán vivo...

CAPÍTULO II

A Jay le produjeron ahora fuerte impresión las palabras del fugitivo. Evidentemente tenía los nervios rotos. No podía resistir más el acoso de que era objeto. Debía estar huyendo desde hacía muchas horas. Tenía que haber corrido mucho, para sacar aquella delantera a sus perseguidores.

—¿Cómo te llamas?

—Sam.

—¿Te acuerdas de lo que te ocurrió hace un rato? Tú cruzabas la carretera, lo hacías agachado, avanzando sobre las manos. Un coche apareció por la curva. El conductor se desvió cuanto pudo para evitar atropellarte. Creyó que tú eras un animal, pero no pudo evitar que uno de los alerones te golpease. El hombre creyó que eras un ciervo o cualquier otro animal, y a pesar de eso se detuvo para socorrerte... Era yo, Sam. Seguí hacia delante y fue cuando me encontré con el *sheriff*. Entonces me contó lo ocurrido. Tú habías matado a un hombre.

—¡No!

Jay frunció los ojos.

—Le clavaste un cuchillo delante de mucha gente en la espalda.

—¡No! —gimió el negro casi sin fuerzas.

—Y tú lo confesaste.

Sam entreabrió la boca.

—¿Qué podía hacer...? —murmuró—. Luego se señaló con la mano libre la herida de la frente. —Amenazaron con matarme...

Hubo un silencio. Jay se pasó la mano libre por el cabello que chorreaba agua.

—¿Entonces, tú no lo hiciste, Sam?

—No. Le juro que no. Yo nunca tendría valor para matar a nadie.

—¿Y ahora? —Jay señaló la rama que Sam esgrimía.

—Tengo que defenderme, pero no quisiera matar a nadie, se lo aseguro. Sólo quiero que me dejen en paz. Nunca hice daño. ¿Por qué quieren hacérmelo a mí...? Ellos saben que yo no lo hice... Tienen que saberlo.

Hubo otra pausa.

—¿Puedes andar? —preguntó Jay.

El negro se tocó la pierna izquierda.

—Me pegó usted fuerte. Me duele mucho, pero lo intentaré. Tengo que seguir corriendo.

—No vas a correr más, Sam. Vendrás conmigo.

—¡Le repito que no iré! —Sam apoyó la espalda en el árbol y se irguió unas pulgadas, amenazadoramente, alzando la gruesa rama que empuñaba.

Jay pensó que el negro estaba muy asustado y que podría obligarle a ir con él por la fuerza, mas por ello tendría que luchar. Lo haría si le obligaba, pero antes de llegar a ese extremo, le concedió una última oportunidad.

—¿Y tus amigos, Sam?

—No tengo amigos —contestó el negro, receloso.

Eso es extraño en un hombre. Uno siempre tiene a alguien.

—Yo no tengo amigos —repitió Sam con terquedad.

—¿Tampoco entre los de tu raza?

Negó con la cabeza.

—¿No tienes mujer?

—No.

—Pero tendrás familia.

—Tampoco. Estoy solo.

Jay se mordió el labio inferior.

¿Qué clase de estúpido era él? Allí se encontraba en un lugar perdido de las montañas de Arkansas soportando el aguacero frente a un negro que sin lugar a dudas era un asesino. Podía hacer dos cosas. Lanzarse sobre él y reducirle a la impotencia. Sabía que le sería fácil. Sam estaba herido y no podría ofrecer mucha resistencia. Su otra actitud era la de dar media vuelta y marcharse. El *sheriff* de Rakesville, McHale, se bastaría con sus hombres para echar el guante al negro. No valía la pena exponerse a recibir un golpe del fugitivo. ¡Santo cielo! Ya se había retrasado media hora en el viaje. Tendría que apretar de firme para llegar a Little Rock a tiempo de

coger el avión de Springfield.

—Muy bien, Sam —dijo—. Ahí te quedas. Yo me voy.

Vio la mueca de estupor que hacía el negro y, dándole la espalda, echó a andar alejándose de él.

—¡Eh, señor! —Oyó que le llamaba.

Se volvió al tiempo que soltaba un estornudo y lanzó otra maldición para sus adentros. Aquella absurda aventura le iba a costar un buen resfriado.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿No me quiere entregar al *sheriff*?

Jay se pasó el dorso de la mano por la mejilla y notó que le había crecido la barba desde la noche anterior en que se afeitó en Jasper. Recordó que había muy poca luz cuando lo hizo en el dormitorio del hotel. No se había apurado lo bastante.

El negro le estaba mirando fijamente, esperando su respuesta. Jay dijo:

—Eso es algo que tendrá que resolverse más tarde.

—¿Me promete que no me entregará?

—Lo único que te puedo prometer es que no te llevaré directamente al *sheriff*. Te he preguntado por un familiar o un amigo, pero ya has dicho que no tienes ninguno. —Hay alguien— contestó Sam con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Quién?

—La señorita Hughes.

—¿Dónde vive?

—En Rakesville, en la calle Mayor, a la entrada.

Jay sacudió la cabeza.

—De acuerdo. Voy a llevarte allá. ¿Estás decidido?

El negro le volvió a mirar con precaución. Titubeó unos instantes. Finalmente asintió:

—Sí, señor. Creo que voy a ir con usted.

—Confías en mí, ¿eh?

—Usted no es como los demás hombres de Rakesville... A mí me parece distinto.

Muy bien, Sam. —Burton se acercó otra vez—. Vamos allá. No podemos perder más tiempo. Creo que a los dos nos vendrá bien una buena chimenea.

—La señorita Hughes la tiene. —Sam lo dijo con una sonrisa en

los labios y a Jay le preocupó aquella sonrisa. No era la de un hombre culpable.

Le alargó la linterna.

—Anda, cógela. Te pasaré el brazo por debajo de las axilas. Apoya todo el peso en la pierna derecha.

El negro alcanzó la linterna y Burton se agachó. Sintió un escalofrío por la espalda al darse cuenta de que al negro le bastaría ahora levantar el brazo armado para descargarle el palo sobre la cabeza. Podía apostar a que bastaría un solo golpe para matarle. Se dio a todos los diablos por haberse confiado tanto. Clavó sus pupilas en las de Sam y ambos quedáronse mirando fijamente.

Sam parpadeó y Jay tragó saliva conociendo el peligro que estaba corriendo. Sintió un hormigueo en los pies. Por fin, le pasó el brazo por detrás de la espalda, para lo cual tuvo que moverse hacia un lado. El negro se incorporó soltando un pequeño gemido.

—Creo que me rompió el hueso —murmuró.

—Llamaremos a un doctor.

—Oh, no. El doctor Slocum no es amigo mío.

—Llamaremos a otro.

—No hay otro en Rakesville.

—Bueno, ya lo arreglaremos. Anda, pasa el brazo por encima de mi cuello.

El negro obedeció y echaron a andar.

Cuando estaban a punto de ganar la carretera, Jay dijo:

—Apaga la linterna. El *sheriff* y sus hombres deben estar por el monte y, si nos descubren, tendrías que marcharte con ellos. Sintió cómo se estremecía el cuerpo del negro.

Cuando estaban cerca de la carretera, Sam tropezó y estuvo a punto de caer arrastrando con él a Jay, pero éste hizo un esfuerzo y logró mantener el equilibrio. El negro lanzó un grito y se encogió. Jay tuvo que permanecer un rato quieto, hasta que el fugitivo se recobró algo y entonces reemprendió la marcha.

Le costó trabajo meterlo en el coche, porque Sam no podía doblar su pierna lesionada. Jay no tuvo más remedio que apretársela hacia el asiento y el negro lanzó otro grito echando la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo. Entonces, Jay cerró la portezuela de ese lado y ocupó el volante. Antes de poner en marcha el coche, miró a Sam. Las gotas de sudor se confundían con

las de la lluvia. Debía de sufrir mucho.

El coche se puso en movimiento y, poco después, las agujas del velocímetro marcaban las setenta millas, lo cual era peligroso, teniendo en cuenta el estado de la carretera.

—¿A qué distancia nos encontramos de Rakesville?

—Llegaremos en seguida —contestó Sam sin abrir los ojos—. Solamente me he separado unas ocho millas.

—Has debido correr muy de prisa.

—Tuve que hacerlo.

Jay encendió un cigarrillo. Mientras arrojaba una bocanada de humo disparó su pregunta a boca de jarro, sin ningún preparativo:

¿Por qué le mataste, Sam?

Sin verlo se dio cuenta de que el negro levantaba la cabeza.

—Le dije que no le maté.

—Te he advertido que no te voy a entregar al *sheriff*. No acostumbro a meterme en las cosas de los demás. Puedes franquearte conmigo. Te dejaré en casa de tu amiga y yo me marcharé. No me verás nunca más. Todo lo de Rakesville, lo tuyo y lo de ese *sheriff* me tiene sin cuidado. —Hizo una pausa para mirarle.

Los ojos de Sam llameaban enfurecidos.

—No fui yo.

Guardaron silencio durante un rato.

—¿Cómo se llamaba el muerto?

—Arthur Boyd.

—¿Quién era? ¿A qué se dedicaba?

—Trabajaba en el *Centinela de Rakesville*.

Jay sonrió para sus adentros. Así pues, la víctima era un colega. Hizo la pregunta de turno:

—¿Qué motivos podías tener para matarle? —Dobló la cabeza mirando a Sam—. Ya me entiendes, las razones que haya podido alegar el *sheriff*.

—Arthur Boyd me maltrató una vez.

—¿Qué es eso de que te maltrató?

—Yo estaba sentado en la puerta del bar de Sidney. Arthur Boyd pasaba con su mujer. Yo la miré a ella, simplemente eso. La miré, y lo hice porque ella me había mirado a mí otras muchas veces, pero a Boyd no le gustó. Se vino hacia mí y me pegó un puntapié en la

cara. No pude defenderme. Luego me pateó en los riñones. Lo vio mucha gente. Después, cuando se hubo cansado de pegarme, se fue. No era ni siquiera su esposa, ¿sabe...? Sólo una mujer que se la trajo desde Little Rock. Trabajaba en un *music-hall* de allí. Ella fue la que empezó a comprometerme... Arthur Boyd lo sabía, pero él estaba por ella. Por eso me pegó.

—¿Cuándo te pegó?

—Hace poco más o menos un mes.

—¿Y después? ¿No tuviste alguna otra pelea?

—No. Después no ocurrió nada.

—¿Hablaste alguna vez con la chica?

—No. Nos encontramos un par de veces en la calle y ella se echaba a reír cada vez que me veía. Me seguía comprometiendo. ¿Sabe lo que creo...? Sé leer en las miradas.

—¿Sí? ¿Y qué te decía la de ella?

—Quizá no lo crea usted.

—Inténtalo.

—Ella me decía que yo matase a Arthur Boyd.

—Comprendo. Y tú le hiciste caso.

—No. Le he dicho que no. No volví a hablar con ella. Siempre que la encontraba, yo me daba prisa en alejarme de su lado.

—¿Cuál es su nombre?

—Carol, Carol Martin.

¿Qué más puedes decirme de Arthur Boyd? Amigos..., enemigos...

Sam trató de encoger la pierna e hizo un gesto de dolor. Resopló un par de veces y luego dijo:

—Sé solamente que trabajaba en el diario, no sé de qué. Yo soy un limpiabotas allí.

También vendo periódicos... No me importa lo que hacen los demás. Seguro que a Arthur Boyd le odiaba mucha gente. Era un tipo desagradable —estiró el cuello—. Ya estamos llegando a la ciudad. Ahora tendrá que desviarse hacia la derecha. Aquí hay un camino. El *sheriff* debe haber dejado a alguno de sus hombres vigilando. Puede creer que me he quedado dentro del pueblo.

—Sí, es posible.

—Iremos por detrás de la casa de la señorita Hughes. Yo le diré por dónde es.

Jay siguió las instrucciones de Sam y minutos más tarde éste advirtió que podía detenerse.

Apagó los faros y saltó del coche recibiendo una andanada de agua. Abrió la portezuela y ayudó a bajar a Sam. Ahora no fue tan difícil porque el propio negro hizo un esfuerzo y alargó la pierna herida sacándola del asiento delantero.

Echaron a andar, Sam apoyando el brazo sobre los hombros de Jay. Éste sólo vio un muro enfrente.

—¿Por dónde es? —inquirió.

—Hay que dar la vuelta por la calle principal. Sólo hay una entrada. Tendremos que tener suerte para que no nos vea nadie.

—Con una noche así no es tan difícil —respondió, optimista, Jay.

Dieron la vuelta a la casa. En la calle, mal alumbrada, no había nadie. Jay abrió la puerta de un jardín y se internaron por un sendero de cemento que les condujo a un porche. Descansaron bajo el techado, cerca de la puerta y, finalmente, Jay apretó el timbre.

No se veía ninguna luz por la ventana. Esperó unos segundos y llamó otra vez.

Del interior de la casa llegó un ruido y poco después alguien descendió por una escalera. La puerta se abrió de golpe y Jay vio un rostro femenino que componía un mohín de asombro. La quietud de la joven le dio oportunidad para observarla bien. Era morena y no debía tener más de veinte años de edad, de cuerpo esbelto y firme. Todo en ella era perfecto, hombros, pecho, caderas y piernas, unas piernas que se adivinaban torneadas y, luego estaba su cara, en la que resaltaban unos ojos grandes, negros, rasgados, defendidos por largas y sedosas pestañas, la nariz un tanto respingona y los labios gordezuelos, repletos de vida.

CAPÍTULO III

—¡Sam! —pudo exclamar al fin la joven.

El negro sonrió débilmente.

—Hola, señorita Hughes.

La joven miró por primera vez a Jay, y éste dijo:

—Le encontré en el camino y me dio su dirección. Está herido y ha perdido bastante sangre.

La joven se apartó de la puerta dejando el hueco libre y señaló el interior de la casa.

—Pasen.

Los dos hombres entraron y ella cerró a sus espaldas. Luego, la joven se adelantó y desde el vestíbulo señaló hacia el *living-room*, en donde había unos sillones guarnecidos de cretona multicolor y un largo sofá. Al fondo, en una chimenea, ardía un fuego que estaba a punto de consumirse.

La joven cogió un almohadón ahuecándolo y lo colocó en un extremo del canapé.

—Le vamos a estropear un poco la casa —dijo Jay mientras dejaba al negro en el diván.

—No importa —repuso ella.

Sam dejó caer la cabeza en el almohadón a peso muerto y quedó con la boca abierta. Luego, Jay le cogió por los pies y los puso arriba, pero entonces el negro lanzó un grito de dolor mientras se retorció.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la joven, mirando a Jay.

Burton se echó atrás el enmarañado cabello.

—Le pegué casualmente con uno de los alerones de mi coche. Será mejor que avise cuanto antes a un médico. Ha perdido mucha sangre.

Sam se incorporó.

—¡No haga eso, señorita Hughes...! Usted es enfermera, puede

curarme. Lo hará mejor que el doctor. Ya sabe que a nosotros... — Guardó silencio, pero Jay supo que se refería a los negros.

La joven se acercó a Sam y le observó la herida de la cabeza.

—Ha sangrado mucho, Sam. Me temo que no sea asunto mío.

—Lo es, señorita Hughes. Con usted me pondré más pronto bueno... Cúreme usted, no avise al doctor, por favor.

Mary Hughes miró a Jay, quien permanecía silencioso. Quizá ella esperaba que él decidiese en aquel asunto, pero se llevó una decepción, porque el periodista continuó callado.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero sólo podré hacer una cura provisional, Sam. Si empeoras tendré que llamar al doctor.

—No empeoraré, señorita Hughes —sonrió el negro—. Ya verá como mañana estoy mejor... Pero debo decirle algo.

—¿El qué?

—La herida de la cabeza no me la hizo el señor...

—Burton, Jay Burton.

Luego, Sam prosiguió:

—Me golpeé cuando salté por la ventana de la comisaría. El coche del señor Burton solamente me tocó en la cadera. Es lo que me dejó cojo.

—De acuerdo, Sam —dijo Mary Hughes—. Ahora no debes hablar —miró a Jay—. ¿Se va a quedar, señor Burton?

—Puedo echarle una mano. Tengo alguna experiencia sobre heridas. En el ejército me hicieron seguir un cursillo de urgencia para combatir en primera línea. Hoy día no se privan de nada.

—Está bien —dijo ella, y salió del *living*.

Regresó con un par de botellas, algodón y vendas.

Mary lavó la grieta y la desinfectó. Aplicó una pomada de penicilina y vendó la cabeza. El negro empezó a caer en un sopor. La joven miró a Jay, que estaba a su lado y dijo con un hilillo de voz:

—Quizá necesite una transfusión.

—Está obsesionado por la idea de que cierto doctor Slocum le entregará al *sheriff*.

Ella enarcó las cejas.

—¿Le contó por qué huía?

—Sí.

La joven miró al negro, que parecía dormir.

—No lo hubiese creído de él. Es un buen hombre.

—El asegura que no lo hizo. —Jay hizo una pausa—. Aunque también oí al *sheriff*. Según McHale, medio pueblo vio cómo Sam hundía el cuchillo en el cuerpo de Arthur Boyd.

—¿Dijo eso?

—Sí. ¿Acaso no es exacto?

—Sólo hubo un testigo, un hombre llamado Joseph Foster.

—¡Oh! —dijo Jay, y se quedó pensativo.

La joven le miró con interés.

—¿Está de paso, señor Burton?

—Me dirijo a Little Rock... ¡Diablos! Eso me recuerda que tenía que coger un avión. —Consultó su reloj—, pero ya he perdido mi oportunidad. —¿Hombre de negocios?

—Sólo periodista —dejó correr unos segundos—. ¿Decepcionada?

—Todo lo contrario. Ahora me explico su interés.

—Se equivoca. Socorrí a Sam por un deber de humanidad, sin ninguna otra finalidad. El *sheriff* me aseguró que este crimen no era noticia de interés, por tratarse de un negro.

—¿Y qué opina ahora, después de hablar con Sam?

Jay encogió los hombros.

—No lo sé. Está todo muy confuso. Sam me contó su incidente con Arthur Boyd.

—¡Oh! Sí, lo de Carol.

—¿Hubo algo más?

—No, que yo sepa, aunque puede que fuese suficiente. Yo también me di cuenta hace tiempo de que Sam miraba de una forma entraña a Carol Martin.

—Al parecer, las miradas eran correspondidas. ¿Se dio usted también cuenta de ello?

—No, pero quizá Sam tenga razón a ese respecto.

—Me dio a entender que Carol deseaba desembarazarse de Arthur Boyd.

—¿Es posible?

Jay hizo un gesto ambiguo.

—No ayuda usted mucho, señorita Hughes.

—¿A qué le tengo que ayudar? ¿O es que ya no queda nada de aquel deber humanitario?

—Tocado —dijo Jay y sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa —. ¿Me recomienda algún hotel, señorita Hughes?

—Así que piensa quedarse.

—Ya le he dicho antes que perdí el avión. No habrá otro hacia el lugar que me dirijo hasta mañana a la misma hora y me da lo mismo quedarme aquí que en Little Rock. —En ese caso, le voy a aconsejar que se marche.

El la miró fijamente.

—¿Por qué, señorita Hughes?

—Usted se ha referido antes a que el *sheriff* no le animó mucho para informarse acerca de lo ocurrido. La gente que vive en Rakesville tiene extrañas costumbres y más extraños pensamientos. Usted se encuentra ahora en un pueblo perdido en las montañas, señor Burton. Se lo digo sinceramente, Rakesville no es su sitio.

—Quizá éste sea el mejor momento para que un hombre como yo conozca montañeses de extrañas costumbres y raros pensamientos, señorita Hughes.

Hubo una larga pausa.

—Vaya al Hotel Roma —dijo al fin ella—. Se encuentra en esta misma calle. El dueño está acostado a estas horas, pero le abrirá. Se llama Hank Kening.

—Gracias, señorita Hughes. —Jay hizo una pausa. Miró al negro —. ¿Qué va a hacer con él?

—¿Qué haría usted, señor Burton?

—No soy yo quien se encuentra en su situación.

—Es una respuesta muy cómoda. Yo le diré la mía. No puedo ayudarle a escapar. Está acusado de un crimen.

—Sí, ya lo sé, pero lo que importa es saber si realmente lo cometió. Si el *sheriff* le encierra, ¿cree usted que proseguirá la investigación? Contésteme, señorita Hughes. Soy nuevo en Rakesville.

La joven se mordió el labio inferior.

—Creo... que no lo hará.

—En tal caso, este muchacho no tiene ninguna salida. Coja el teléfono y llame al *sheriff*. Al parecer, los montañeses quieren una víctima, sea al precio que fuere... Sam les viene a la medida. Tendrá un jurado de montañeses, presidido por un Juez montañés, y supongo que, como es lógico, habrá también una sentencia

montañesa.

—No necesita recurrir a sarcasmos, señor Burton. Existe una solución.

—¿Cuál?

—Vuélvalo a meter en su coche, lléveselo a Little Rock y embárguelo con usted en su avión.

—Me lo tengo merecido. —Jay chasqueó la lengua—. ¿No hay otra forma de arreglarlo? Ya sabe a lo que me refiero. Este hombre tiene derecho a un juicio legal y las autoridades deben proseguir su investigación hasta comprobar si es cierto lo que Sam dice.

La joven se quedó un rato pensativa y, finalmente, dijo:

—Lo voy a intentar.

Se acercó a un teléfono de pared, descolgó el auricular y dio la vuelta a la manecilla.

—¿Ana? —dijo por el micro—. Sí, soy yo. ¿Quieres ponerme con la casa del señor Campbell...? Sí, Ana, bajo mi responsabilidad... No te preocupes..., te disculparé. Gracias, Ana. —Esperó como cosa de un minuto y por dos veces desvió los ojos de los de Jay, porque él la estaba observando—. ¿Ben...? Aquí la señorita Hughes. Quiero hablar con el señor Campbell... Sí, ya lo sé, Ben, pero quiero hablar... Ya lo sé... Espero.

Jay encendió un cigarrillo y a través de una nube de humo preguntó:

—Supongo que habla con el ogro de Rakesville...

—Un calificativo muy periodístico. El señor Campbell es un caballero.

—Me gustaría saber a qué llaman los montañeses un caballero.

—El señor Campbell es dueño de minas de cobre, principal accionista y presidente del consejo de administración de otras entidades de la comarca. De vez en cuando, su gota le martiriza la pierna y yo paso temporadas en su casa cuidándole. Es a la única persona que en este caso nos podemos dirigir.

—¡Oh, perdón! —murmuró Burton.

La joven había cubierto el micro y ahora apartó la mano.

—Buenas noches, señor Campbell... Sí, Mary Hughes. Siento despertarle a estas horas... Sí, muy urgente, señor Campbell. Es Sam Shenker. Ya sabe, el muchacho negro que vende periódicos... Le supongo enterado de lo ocurrido... Sí, se fugó y ahora está en mi

casa... Sí, sí, en mi casa. Un forastero le trajo... Sam está herido — la joven hizo una pausa escuchando y luego agregó—: Sam asegura que él no lo hizo, señor Campbell. El duerme ahora. Le molesto para que interceda en su favor. Sólo quiero que no le hagan daño y que el *sheriff* prosiga su investigación para dar con el verdadero culpable, si Sam ha dicho la verdad.

Ahora, Mary Hughes escuchó durante un rato asintiendo de vez en cuando con movimientos de cabeza y con monosílabos. Habló otra vez.

—Se lo agradezco mucho, señor Campbell. —Los labios de la joven se distendieron en una sonrisa feliz—. Sí, señor Campbell. Mañana pasaré por su casa sin falta. Le repito mi agradecimiento.

Luego colgó y volvióse hacia Burton.

—Está arreglado. El señor Campbell se ocupará de todo.

—¿Qué quiere decir con eso de que se va a ocupar de todo?

—Va a ordenar a su secretario, el señor Payne, que venga a la ciudad. El señor Campbell vive en la Colina Blanca, media milla al sur de Rakesville. Payne hablará con el *sheriff*. No habrá linchamiento. El *sheriff* hará todas las diligencias que sean necesarias, y... Bueno, en el peor de los casos, Sam Shenker tendrá un juicio legal.

—¿Está segura?

La joven enarcó las cejas y levantó unas pulgadas la barbilla.

—Me lo ha prometido el señor Campbell.

Jay se percató del énfasis que ponía la joven al mencionar el nombre del primer ciudadano de Rakesville.

—Muy bien, señorita Hughes. Creo que será mejor que me retire o también tendré que recurrir a sus servicios.

La joven volvió a teñir las mejillas de un rubor. Un poco azorada depositó la mano en la frente de Sam.

—Tiene fiebre —murmuró.

—Ahora ya puede llamar al doctor.

—Sí, le llamaré.

Burton dio unos pasos hacia la salida, pero de pronto se volvió.

—Quiero hacerle un ruego, señorita Hughes.

Ella levantó la mirada esperando.

Jay señaló hacia el negro.

—Parece ser que él le tiene mucho afecto. Trate de que le cuente

la verdad. Si insiste en que él no lo hizo, dígame que le relate lo que hacía en el momento en que se cometió el crimen. Ya me entiende, lugar y testigos.

—Le comprendo perfectamente.

—Muchas gracias, señorita Hughes. ¿Puedo verla a usted mañana?

—El señor Campbell me ha rogado que vaya a su casa.

—Su ataque de gota otra vez, ¿eh?

—No ha sido tan explícito.

—¿Podría llamarla a usted, señorita Hughes? Quisiera conocer lo que le dice Sam acerca de lo ocurrido.

—Llámemme a casa del señor Campbell. Las once es una buena hora.

—De acuerdo. Así lo haré. Buenas noches.

Jay giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta de salida.

Minutos más tarde aparcaba el coche bajo un cobertizo que se levantaba junto a una de las paredes del Hotel Roma. Luego corrió con la maleta hacia la entrada del hotel. Tal como le había anunciado la señorita Hughes la puerta estaba cerrada. Llamó a un timbre. Un minuto más tarde una ventana se abrió y un hombre dejó oír su ronca voz:

—¿Quién es?

—Un viajero, señor Kening. Vengo recomendado por la señorita Hughes.

Kening refunfuñó algo por lo bajo y cerró la ventana.

Como cosa de cinco minutos más tarde abrió la puerta exhibiendo un largo camisón blanco y alrededor del cuello una gruesa bufanda. Estaba por los cincuenta años y era alto, de pecho fuerte y bigotes que hacían la competencia al del *sheriff* McHale.

—¡Infiernos! —exclamó—. Se ha calado hasta los huesos. Jay pasó al interior al tiempo que decía:

—Bien; eso se puede arreglar con un buen baño caliente.

—Lo siento. No funciona el calentador. Lo haría arreglar si tuviese dinero para pagar, pero ¿qué quiere usted? Sólo albergo de vez en cuando a algún viajante —murmuró bajo la pálida luz del vestíbulo, e inquirió—: ¿Es usted también viajante?

—No, señor Kening. Me dedico a emborronar cuartillas.

—No hace falta que aclare nada. No quiero conocer cosas de la

gente —gruñó el viejo—. Puede elegir la habitación que desee. El hotel está a su disposición, pero tendrá que pagarme por adelantado. ¿Cuánto tiempo va a estar?

—No lo sé. Quizá un día o dos.

—Está bien. Deme cuatro dólares y, si se va mañana, le devolveré dos.

Jay le alargó cuatro billetes de a dólar.

Hank sacó una pequeña arca de acero de un cajón del escritorio y guardó el dinero en el interior volviéndola a cerrar de un golpe.

—Está bien —rezongó—. ¿Cómo ha dicho que se llama? —Jay se lo dijo—. Suba conmigo, señor Burton.

Jay alcanzó la valija y ascendió por la escalera detrás del hombretón.

La casa tenía un solo piso. Se internaron por un largo corredor que tenía habitaciones a ambos lados. Jay contó ocho puertas. Kening abrió la primera de par en par.

—Creo que aquí estará bien. La ventana da a la calle Mayor. Encontrará la llave puesta por dentro en la cerradura.

—Gracias, señor Kening. —Jay hizo una pausa—. Acabo de visitar a la señorita Hughes.

Estaba sola. ¿No vive nadie con ella?

Hank frunció el ceño.

—Creí haberle oído antes decir que era su amigo.

—Sólo su recomendado.

—¡Oh! —Kening se rascó junto a una oreja—. La madre de Mary murió al nacer ella.

Vivió con su padre hasta hace cuatro años. Trabajaba en las minas de nitrato del señor Campbell. Sobrevino un accidente y... Bueno, el señor Campbell creo que se ha comportado bien con la chica. Le dio oportunidad para que estudiase un curso de enfermera en Little Rock y ahora la tiene empleada con él.

Jay sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Kening, pero éste negó con la cabeza. El joven comentó:

—Supongo que la chica debe de tener un gran partido en la comarca.

Kening rió por lo bajo.

—Es la mejor muchacha que tenemos en Rakesville, pero nadie le puede hablar siquiera.

—¿Por qué?

—Nuestro *sheriff*, el señor McHale, le echó el ojo. ¿Conoce al *sheriff*?

—Sí, tuve ese gusto antes de llegar a Rakesville.

—Está empeñado en casarse con Mary y, aunque a la chica parece no gustarle mucho, tendrá que aceptarle.

—Gracias por sus informes, señor Kening.

—No hay de qué, pero ¿sabe una cosa...? —dejó correr unos segundos y agregó—: No se meta con McHale. Nuestro jefe de policía es algo especial. Un tipo de los que van quedando pocos.

Echó a andar por el pasillo y Jay esperó a verle desaparecer en la última habitación de la izquierda. Luego, el joven se introdujo en su dormitorio, cerró con llave y dejó ésta sobre una silla.

Desnudóse y se frotó vigorosamente el cuerpo con una toalla. Abrió la valija y extrajo una botella de *whisky* sin empezar. Hizo girar el tapón de rosca y bebió un largo trago. Luego se puso un pijama y se acostó, no tardando en conciliar el sueño.

CAPÍTULO IV

Jay despertó repentinamente sintiendo una ráfaga de aire húmedo sobre la nuca. Tenía la cara vuelta hacia la pared. Su cerebro empezó a trabajar aprisa. Recordaba que la ventana de la habitación estaba cerrada cuando él se acostó, pero ahora tenía la seguridad de que se hallaba abierta. La habitación seguía a oscuras. Se mantuvo inmóvil unos segundos y consultó su reloj de pulsera de esfera fosforescente, del que no se había desprendido. Las saetas señalaban las cuatro y veinte minutos de la madrugada. Se dio vuelta y alargó la mano, tanteando la pared hasta dar con el conmutador. Accionó éste y el dormitorio quedó iluminado.

Estaba preparado ya para encontrar alguien dentro, pero dio un respingo al ver cerca de la ventana abierta al *sheriff* de Rakesville. El aire que entraba por el hueco hacía flotar los visillos.

Jay se enderezó restregándose los ojos con la mano. Luego fijó la mirada en McHale, quien sopesaba algo en la mano. Observó el objeto con atención descubriendo que se trataba de una llave maestra.

Jay lanzó un bostezo y dijo:

—Podía haberme usted avisado, McHale. Si hubiese dicho que deseaba verme, yo hubiera acudido a su oficina.

El *sheriff* guardó silencio.

Jay saltó de la cama y sintió un escalofrío al poner la planta de los pies en el suelo desnudo. Alcanzó el paquete de cigarrillos de la mesita de noche y lo alargó a McHale, pero éste no hizo el menor gesto de aceptar la invitación, y el joven encendió uno. Tras arrojar una bocanada de humo se sentó en el borde del lecho y murmuró:

—Adelante, McHale. Le escucho.

La voz del *sheriff* sonó hueca, desprovista de interés. Era como si estuviera haciendo algo que le resultara enormemente cansado. Jay pensó que ello era lógico, teniendo en cuenta que el *sheriff*

debía haber pasado una mala noche trepando por aquellos montes.

—¿Por qué se ha quedado en Rakesville, señor Burton?

—Las circunstancias nos obligan a veces a modificar nuestros planes.

El *sheriff*, sacudió su poderosa cabeza.

—Le pregunté en la carretera si había visto a Sam. Me dijo que no.

—Era cierto, solamente a ineditas. ¿No se lo han contado?

—La señorita Hughes me lo contó. Pero ello solo demuestra que usted me engañó a sabiendas. Usted sospechó que lo que creyó un animal era el negro. Dio a entender que seguía su viaje hacia Little Rock, pero dio la vuelta cuando estuvimos lejos y, regresó por el negro.

—No tenía la seguridad de que fuese el hombre que usted perseguía. En mi profesión evito todo lo posible hacer el ridículo. En ese aspecto todos los periodistas somos iguales. ¿Qué habría pensado de mí si le llevo a usted allí y hubiese resultado que era realmente un animal con lo que había tropezado mi coche?

Hubo una pausa.

—Nunca me han gustado los embusteros —repuso McHale con voz seca.

Jay Burton frunció el ceño.

—El tacto no parece que sea una de sus virtudes, *sheriff*.

—Tampoco me gustan los forasteros.

—¿Qué hace con ellos cuando los tiene?

—La mayoría, terminan por aborrecer a Rakesville.

—Muy elogiabile. Recomendaré su pueblo para que lo incluyan en los itinerarios, de turismo. No sabe usted la cantidad de gente que hay por aquí en busca de emociones fuertes.

—Usted cree que está en su ciudad, Burton.

—¿Sí, eh?

—Aquí no tiene nada que hacer.

Burton se puso el cigarrillo en la comisura de los labios y se enderezó acercándose a la valija que había dejado encima de una silla. La abrió y sacó un mapa que extendió ante sí, al aire.

—Lo siento, señor McHale, pero creo que el equivocado es usted. Según esta carta geográfica, Rakesville forma parte del estado de Arkansas y aquí se asegura que Arkansas es uno de los cuarenta y

nueve estados de la Unión. —Arrojó el mapa hacia la cama—. ¿Necesito acreditarle que soy ciudadano americano? Puedo ir de una parte a otra del país sin limitaciones.

Guardó un silencio observando que las pupilas de McHale se habían empequeñecido hasta parecer cabezas de alfileres.

—Usted es muy listo, ¿eh, Burton?

—¿Es ése su juicio?

—Sí, se cree muy listo. Pero aquí estamos cansados de esa clase de gente. No nos gusta. —No les gustan los forasteros ni los tipos listos. Es buen censo. Pero dígame ahora quiénes son de su agrado... ¿Los negros que se dejan apalear impunemente? Corrijame si me equivoco.

McHale comprimió sus labios sobre las encías y el bigote le ocultó totalmente la boca. Su cara adquirió la expresión de un mono muy grande, de un gorila. De repente disparó su mano derecha sobre la cara de Burton y éste recibió el golpe en plena boca. Retrocedió un paso escupiendo, arrojando los restos del cigarrillo que quemaban sus labios.

—¡Maldito sea, McHale! —exclamó—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Soy el *sheriff* de Rakesville, Burton. Y eso es algo que siempre hago recordar al que lo olvida.

—Póngame otra vez la mano encima y le juro que yo le haré recordar otras cosas. —No le voy a poner otra vez la mano encima porque usted se va a comportar como un buen muchacho.

—No me diga.

—Hay un autobús a la siete y media de la mañana para irse a Little Rock. Usted viajará en él.

—Tengo un coche.

—¡Oh, sí! Se me había olvidado. Corrientemente, los forasteros que visitan Rakesville utilizan el autobús. Pero para el caso es lo mismo. Usted se irá a esa misma hora en su coche.

—¿Por qué, McHale? ¿Por qué tiene tanto interés en que me vaya?

—Se lo dije antes. Usted no es persona grata.

—¿A quién, McHale?

—A mí.

Burton rió enseñando los dientes.

—No cuela eso, *sheriff*. Usted será el mandamás en este

condenado pueblo, pero con toda su autoridad no puede arrojar de él a una persona por simple capricho.

—Usted ayudó al negro. Fue su cómplice. Podría arrestarlo.

—¿Por qué no lo hace? Acúseme de complicidad. Le cubriré de ridículo de la cabeza a los pies.

Sobrevino otro silencio.

—Váyase, Burton.

—Trozó con una piedra, McHale.

El *sheriff* meneó la cabeza en sentido negativo.

—Yo parto las piedras, Burton. Lo he hecho muchas veces y ha sido con el puño, sólo con el puño.

Disparó esta vez la izquierda contra la cara de Jay y éste sólo tuvo tiempo de ladear la cabeza a un lado, recibiendo el golpe en la barbilla. Salió lanzado hacia atrás golpeando la espalda contra la puerta. Jay se maravilló de la rapidez del *sheriff*. Parecía imposible que pudiera mover sus brazos con aquella velocidad, teniendo en cuenta su envergadura y su peso. Ahora estaba avanzando otra vez sobre él con los puños cerrados, listo para seguir pegando y estaba tan convencido de su seguridad que ni siquiera se mantenía en guardia.

Burton le dejó llegar moviendo la cabeza de un lado a otro, como si estuviese semiinconsciente. De repente le soltó un trallazo en el hígado con la derecha aunando todas sus fuerzas.

McHale no lanzó un solo quejido. Se arqueó ligeramente haciendo una mueca, y entonces Jay lo cazó con la zurda, en un pómulo, lanzándole contra las patas de la cama.

El *sheriff* dio una vuelta de campana, golpeó contra el lecho y rebotó en el suelo donde quedó boca abajo.

Burton le miró jadeante.

—Yo también soy duro, *sheriff* —murmuró.

McHale se incorporó y soltó un salivazo mientras se pasaba el dorso de la mano por la mejilla, justo donde ahora aparecía un hematoma. Rió por lo bajo mirando con los ojos fruncidos al joven.

—Sí, es duro, Burton. Hacía tiempo que no encontraba uno como usted y el ejercicio es algo que necesito mucho. Lo que hago aquí no es realmente pelear. Apenas les aplico los nudillos se me ablandan. Desde hace dos años no hay nadie que me plante cara. La gente me tomó demasiado miedo desde que a otro forastero como

usted le rompí cinco costillas.

Avanzó otra vez, lo mismo que antes, sin levantar los puños.

Jay hundió la diestra en el estómago del *sheriff*, pero se dio cuenta de que eso a McHale no le producía ningún efecto, porque lo defendía con gruesos rollos de grasa. Trató de llegar otra vez con la zurda al rostro, pero entonces una garra de McHale se apoderó de su nuca y tiró hacia abajo con enorme violencia.

Jay se encorvó porque al poder del *sheriff* unió el fallo de su golpe sintió como si un martillo pilón se desplomase sobre su espalda, justo en la columna vertebral. Su estómago se contrajo hacia dentro y durante unos segundos que le parecieron una eternidad creyó que estaba a punto de reventar, que de un momento a otro la sangre le saldría por los oídos, por la nariz, y que sus ojos saltarían de las órbitas. No respiraba. Era como si sus pulmones se hubieran paralizado y esa inmovilidad contagió sus miembros y se quedó allí encogido, esperando inevitablemente lo que tenía que llegar. El golpe de gracia. Y al fin llegó. McHale tuvo tiempo suficiente para reunir todas sus energías y descargó el puño, esta vez el derecho, en el mismo lugar de antes, en la espalda.

Jay Burton se vino abajo como fulminado por un rayo y golpeó la cara de lleno contra el suelo. Allí quedó sintiéndose morir. No, nunca más se levantaría. El aire había desaparecido de la tierra. Se había agotado todo el oxígeno. Aquello era peor que encontrarse debajo del agua. Muchas veces había buceado sumergiéndose en profundidades peligrosas. Lo había hecho de pequeño y ahora recordaba cómo ascendía braceando, ayudándose con los pies, porque sabía que allá arriba, cuando sacase la cabeza del agua podría respirar a pleno pulmón. Pero ahora era distinto. No había agua. Estaba en la atmósfera. Sumergido en un embudo que le elevaba, dando vueltas sin cesar, alejándole más y más de la tierra...

Tuvo la impresión de que por un pequeño agujero le inyectaban un poco de oxígeno y respiró. Sintió un agudo pinchazo en la médula. Era muy doloroso, pero tenía que intentarlo otra vez. ¡Aire! ¡Aire a sus pulmones! Y le llegó otra ración. ¡Más rápido, Jay! ¡Más rápido!

¡No te vas a ahogar!

Y de súbito se encontró respirando entrecortadamente, sintiendo

sobre la mejilla una fría humedad. Se dio cuenta que era sangre. Sangre que salía a borbotones de su nariz. Vio unos pies, grandes, enormes. Estaban inmóviles y ahora uno de ellos salió disparado y le golpeó en un hombro. No notó siquiera el dolor porque él quería seguir respirando y eso era lo más importante. Miró otra vez a los pies. Ahora se movieron alejándose de él.

—Sé que ahora se comportará como un buen chico —oyó la voz de McHale—. Recuérdelo. Tiene que marcharse a las siete y media. Le quedan menos de un par de horas. Ya verá como cuando esté en Little Rock descansa mejor. Seguro que se alegrará de estar allí.

La puerta se abrió. Jay sintió que le acariciaba la cabeza una ráfaga de aire. Lo agradeció cerrando los ojos. Entonces habló otra vez McHale:

—Y otro consejo, Burton. Borre de su memoria a Rakesville. Usted nunca estuvo aquí. No conoce a nadie. Ni siquiera sabe el nombre del *sheriff* de este pueblo.

La puerta se cerró y oyó los pasos de McHale que se perdían a lo lejos. Quedóse inmóvil un rato. No supo cuánto tiempo estuvo así. Por fin decidió que debía incorporarse. Apoyó la palma de la mano en el suelo y encogió las piernas. Entonces sintió un agudo dolor en la espalda y quedóse boqueante. Permaneció quieto otros cinco minutos y se fue enderezando poco a poco. Alargó la mano hacia la cama y se dejó caer sobre ésta. Mantúvose inmóvil mirando hacia el techo. Sacó el pañuelo del pijama y se lo aplicó en la nariz para contener la hemorragia. Cuando lo consiguió se puso otra vez en pie y caminó lentamente hacia la ventana que seguía abierta. Sacó la cabeza fuera por el hueco y dejó que la lluvia lo bañase. Luego, cuando estuvo despejado completamente, se metió otra vez dentro, sacó una toalla de la valija y secóse.

Se miró en el espejo del lavabo. Su cara no ofrecía muy buen aspecto. La nariz, los labios y la barbilla estaban inflamados. Se puso la toalla al cuello e hizo unos cuantos movimientos con el torso, cerciorándose de que no tenía ningún hueso roto. Lamentó que la habitación no tuviese baño. Lo necesitaba urgentemente. Consultó el reloj. Eran las cinco.

Encendió un cigarrillo y se echó otra vez sobre la cama. Cuando dieron las seis había terminado el paquete de cigarrillos y su cerebro era una vorágine de ideas encontradas. Se vistió lentamente

y abandonó la habitación. Abajo, sentado tras el registro, había un hombre de unos sesenta años de edad, de pelo blanco y cara muy arrugada. Estaba leyendo una vieja revista, muy gastada por los bordes.

El anciano levantó la mirada.

—¡Oh!, usted es el forastero, el señor Burton. Leí su nombre en el registro —sus labios sonrieron—. Soy Ozzie, el viejo Ozzie, uno de los primeros hombres que llegaron a estas montañas.

—Celebro conocerle.

El viejo Ozzie frunció el ceño al observar la cara de Jay.

—Me caí de la cama.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—Dígame, señor Ozzie. ¿Dónde tiene instaladas las oficinas el *Centinela*?

—¡Oh!, usted se refiere a ese diario del infierno. —Ozzie escupió con puntería hacia la escupidera que había junto a la pared, dentro del recinto donde se hallaba—. He pronosticado muchas veces que Alvin se iría al infierno con su periodicucho, pero siempre hay algo que le salva. ¿Quiere verlo, eh? Si usted busca un empleo, ahora tiene su oportunidad. Ayer mismo liquidaron a Arthur Boyd, su agente de publicidad. Supongo que estará vacante la plaza.

—Pero tendré que darme prisa, ¿no le parece? Hoy en día hay mucha competencia.

Ozzie rió suavemente.

—No debe preocuparse. En todo Rakesville no hay un tipo que sirva para eso. Arthur Boyd vino de fuera.

—Bueno, yo también soy de fuera. Eso me anima mucho. Justamente de Nueva York.

—¿Es posible? —Ozzie hizo una mueca de asombro.

—¿Vino Arthur Boyd de tan lejos?

—¡Oh, no! Procedía de Nueva Orleáns. Aunque también cae algo apartado —el anciano rió su propio chiste.

—Quizá él tuviese alguna ventaja sobre mí. Yo no me he dedicado nunca, concretamente, a los anuncios. ¿Sabe si Boyd hacía lo mismo en Nueva Orleáns?

—Si he de decirle la verdad, lo ignoro. Nunca hablé con él a ese respecto —el anciano se rascó la desordenada pelambrera blanca—. O quizá, yo se lo preguntase y se me olvidó la respuesta... Me falla

mucho la memoria, ¿sabe...? ¡Infiernos! He ido tras el doctor Slocum para que me recete algo y siempre me ha despachado a cajas destempladas... Es malo eso de llegar a viejo. No le hacen caso a uno en ninguna parte. Muérase joven, muchacho. Se ahorrará muchas penas.

Jay ponderó el consejo y dio un suspiro pensando que quizá en Rakesville, tal y como estaban las cosas, podía llegar a morir joven. Sonrió Ozzie.

—¿Recuerda que le pregunté por la oficina de Alvin?

—¡Oh, sí! Perdone, señor Burton. ¿No le hablaba yo de esta memoria mía? —señaló con el brazo hacia la puerta—. Sólo tiene que salir y tirar a la derecha. Le será fácil porque verá enfrente un gran cartel sobre el primer piso de una casa de ladrillos rojos. Alvin vive arriba y hace su maldito periódico abajo.

—Gracias, Ozzie. —Jay le alargó tres billetes de a dólar, que el viejo se apresuró a guardar en el bolsillo.

Burton llegaba ya a la puerta cuando Ozzie exclamó:

—Si quiere algún otro informe, no tiene más que preguntarme, señor Burton.

El joven hizo un signo de asentimiento con la mano y salió a la calle.

Había dejado de llover, pero el cielo seguía completamente cubierto por nubes bajas que el viento arrastraba hacia el oeste. Anduvo por la acera de cemento, observando las fachadas de enfrente, hasta que encontró el cartel anunciador de *El Centinela de Rakesville*.

Cruzó a la otra parte de la calle, sorteando los charcos, limpió los zapatos de barro en una alfombrilla que había en el porche de la casa de ladrillos rojos y tiró de un cordel que hizo sonar una campana en el interior.

En aquel instante eran las seis y media. Oyó el ruido de un motor a sus espaldas y volvió la cabeza descubriendo un autobús que avanzaba lentamente por la calle. Dentro había media docena de pasajeros. Era el coche que McHale en principio le había señalado para que abandonase el pueblo. De pronto oyó una voz a sus espaldas.

CAPÍTULO V

—¿Qué desea?

Giró bruscamente observando al hombre que había abierto la puerta tan silenciosamente. Frisaba en los cuarenta, y pico años de edad y era de talla baja, cara redonda, ojos saltones, que defendía con gruesas gafas y mentón con doble papada. Por el hueco de la puerta llegaba el ruido lejano de una prensa.

—¿Señor Alvin? —preguntó Jay.

—Sí, soy yo.

Burton sacó su credencial de la cartera y la alargó a su interlocutor. Éste la tomó entre sus manos y la leyó.

Al devolverla dijo:

—¿Quiere pasar, señor Burton...? Me ha cogido en plena faena. La muerte de uno de mis empleados me obliga a tirar un número extraordinario. No he podido descansar en toda la noche.

—Lo comprendo —dijo Jay.

Alvin le condujo por un corredor a una pequeña nave en donde un par de hombres trabajaban en el lanzamiento de la edición. Había tres o cuatro sillas mal distribuidas por el recinto. Alvin señaló la más cercana.

—Siéntese, señor Burton. En seguida soy con usted, quiero ver antes una prueba.

Jay ocupó una silla e, instintivamente, se buscó el paquete de cigarrillos en la chaqueta, recordando al segundo intento que había acabado su ración en el hotel. Esperó pacientemente y, al poco rato, Alvin llegó a su lado, alcanzó otra silla y se sentó.

—Dígame, señor Burton.

—Quisiera conocer su opinión acerca del asesinato de Arthur Boyd.

—¿Mi opinión? —Alvin alzó la voz—. No le comprendo.

—Seré más claro. ¿Quién es el culpable?

—Fue Sam Shenker, ese condenado negro.

—¿Quién lo dice?

—Toda la gente lo vio, y por si fuera poco existe una confesión.

—¿A qué hora se cometió el crimen?

—Aproximadamente a las nueve y quince minutos de la noche.

—¿Llovía ya en Rakesville?

—Sí, pero...

—¿A qué hora empezó a llover?

George Alvin se quedó pensativo.

—Alrededor de las ocho.

—¿Cuántos habitantes tiene Rakesville?

El director de *El Centinela* frunció el ceño un poco asombrado.

—No sé adónde quiere ir a parar, señor Burton.

—¿Cinco mil? —inquirió Jay haciendo caso omiso de la interrupción.

—Tres mil ochocientos cuarenta y cinco.

—¿Quiere decir que los tres mil ochocientos cuarenta y cinco habitantes de Rakesville vieron anoche a las nueve y quince minutos cómo Sam Shenker hundía un cuchillo en el cuerpo de Arthur Boyd?

—No, pero...

—¿No es más cierto que solamente existe un testigo del hecho?

Sobrevino una larga pausa.

Los ojillos de Alvin escudraron el rostro de su visitante.

—Fue el negro —repitió con voz enérgica.

—¿Por qué está tan seguro?

—Está bien —exclamó Alvin con voz fuerte—. Hubo un solo testigo, pero para el caso es como si lo hubiese presenciado todo el pueblo.

—¿Quién es ese testigo?

—Joseph Foster.

—¿Desde dónde presenció la escena?

—Desde la ventana de su casa. Vive en la calle Lincoln. La ventana de su dormitorio está muy cerca de la esquina de la calle Mayor. Arthur Boyd acostumbraba a jugar de siete a nueve su partida de póquer en el local de Douglas Cranston. Invariablemente, Boyd la terminaba a la misma hora. Podía retrasarse o adelantarse un minuto, pero alrededor de las nueve y quince pasaba siempre

camino de su casa por la calle Mayor y tenía que cruzar por el comienzo de la calle Lincoln. Foster asegura que Boyd estaba a punto de llegar a la otra esquina cuando de las sombras de la pared salió el negro. No dio tiempo a Boyd para defenderse. Levantó el brazo armado y le hundió el cuchillo. Boyd lanzó un grito y se desplomó. Luego el negro echó a correr por la calle Lincoln y pasó justamente por debajo de la ventana de Foster.

—¿Cómo le reconoció Foster? Llegué anoche a Rakesville y pude observar que la iluminación de la calle Mayor apenas deja ver a tres pasos de distancia.

Alvin apretó los labios con fuerza.

—Foster lo reconoció sin lugar a dudas. No es imprescindible ver el rostro de una persona para identificarla. Cuentan otros datos tan importantes como la cara. Ha de tener en cuenta que Sam Shenker siempre ha vivido aquí. Joseph Foster, como la mayoría de los ciudadanos, conoce la talla de Sam, su forma de andar y de correr, el movimiento que imprime a sus brazos.

—No puedo admitir que exista un tribunal que condene a un hombre, basándose solamente en esa supuesta prueba.

—No es eso solo, señor Burton. Hay mucho más.

—¿El qué?

—El motivo.

—Usted se está refiriendo ahora al apaleamiento de que fue objeto Sam Shenker por Arthur Boyd.

—Exactamente. Desde entonces Sam ha estado esperando su oportunidad. Anoche le llegó el momento propicio. Llovía mucho y la calle estaba desierta. Hubo unos cuantos hombres que vieron a Sam rondar por el establecimiento de Cranston. Ahora resulta indudable que estaba esperando a que Boyd saliese.

—¿Quiénes le vieron?

—Tres ciudadanos que merecen todo mi respeto. Johnny Euwe, Luke Hammett y Stan Wales. Puede usted interrogarlos cuando quiera y ellos sí que le vieron la cara.

—Sam podía estar perfectamente allí y no ser el asesino. Precisamente acaba usted de dar el mejor argumento para la defensa de Sam.

—No le comprendo.

—Es sencillo. Usted se ha referido a las costumbres de Arthur

Boyd. Jugaba su partida de póquer de siete a nueve en el local de Cranston, y luego emprendía la marcha a casa. Sam ha vivido toda su vida aquí, como usted también ha dicho y, por tanto, conocía el hábito de Arthur Boyd. ¿Por qué entonces, Sam iba a dejarse ver cerca del local de Cranston si podía esperar tranquilamente el paso de Arthur Boyd en el lugar en que supuestamente le asesinó?

Sobrevino una pausa tan sólo interrumpida por el gemir de la prensa.

—Usted no conoce el cerebro de los negros, señor Burton —murmuró Alvin—. Los de ellos no son como los nuestros. Son torpes, brutales. Para un hombre blanco eso que usted dice tiene sentido. Cualquiera de nosotros, en el lugar de Sam, habría hecho lo que usted dice, pero el negro no calcula tan matemáticamente. Sam era tan sólo impulsado por el deseo de venganza. Puedo decirle lo que ocurrió mientras Arthur jugaba tranquilamente su partida. Ese maldito negro merodeó por los alrededores del local de Cranston como un tigre da vueltas en torno a su presa. El no podía esperar tranquilo entre las sombras de la calle Lincoln. Quizá Sam temiese que, siendo una noche tan a propósito para cometer un crimen, Boyd demorase su salida esperando que amainase la lluvia. No, él quiso tener la seguridad de que Arthur Boyd emprendería el camino a la misma hora. Y entonces, sólo tuvo que correr y adelantarse para ocultarse entre las sombras...

—Es solamente una hipótesis, señor Alvin.

—Era una hipótesis que ha confirmado el propio Sam con su confesión —explicó Alvin con voz desafiante.

Jay sacudió la cabeza.

—Realmente ése es su único triunfo.

—¡Nadie lo puede borrar...! Sam lo firmó.

Burton se señaló con el dedo índice la cara.

—Conozco las habilidades de que se vale el *sheriff* para conseguir las confesiones de sus detenidos. Hablemos de otra cosa. ¿Y el cuchillo?

—Sam lo debió arrojar en cualquier lugar.

Hubo una pausa. Alvin dio un suspiro.

—Usted es un forastero, señor Burton. No puede comprender lo que ocurre en un pueblo como Rakesville.

—¿Qué ocurre en Rakesville?

—Hay muchos negros. Antes de mil novecientos veintinueve no había ninguno, pero cuando la depresión llegaron muchos. Venían de la Alabama, de las dos Virginias, de todo el Sur. Unos pasaban de largo, otros se quedaban empleados en las minas de cobre o en las de nitrato. Ellos son aquí más de quinientos.

—¿Una sexta parte de la población?

—Cuando le di antes el número de habitantes de Rakesville no incluía a ningún negro.

Jay apretó los dientes furioso.

—Lo comprendo.

—No, no lo comprende, señor Burton. Pero yo voy a tratar de que lo haga... Si nosotros nouviésemos una autoridad fuerte, los negros se desmandarían a cada instante... No respetarían nada, ni las haciendas, ni las mujeres, ni nuestros hijos... ¡Esos animales acabarían con todo...! Nos odian ferozmente.

—¿No han provocado ustedes quizá ese odio?

—Eso es lo que ustedes oponen allá, tranquilamente, en las grandes ciudades del Norte. Pero no es así. Desde hace mucho tiempo, todas las comunidades que, como la de Rakesville, se encuentran en las mismas circunstancias, con una minoría de raza negra que supone una parte importante de su población, se han visto obligadas a imponer la ley por la fuerza, a castigar duramente a los negros que la infringen y a imponer severos castigos.

—Alvin hizo una pausa. Sus ojillos de rata estaban entrecerrados.

—No, nunca los comprenderemos a ustedes —murmuró Jay.

—No les, pedimos que nos comprendan; sólo deseamos que nos dejen en paz. Que nos dejen hacer nuestra justicia.

—¿Su justicia...? ¿Cuántas clases de justicia cree usted que existen?

—No se ponga melodramático, señor Burton.

—¿Quién infiernos cree que puede existir una justicia particular para un grupo determinado de personas? —gritó Jay—. ¡Vivimos en el año mil novecientos setenta y cuatro...! ¡No se encuentra usted en la época feudal de Europa, donde entonces tenían cabida sus métodos, ese supuesto orden jurídico que pretenden construir única y exclusivamente para ustedes!

—No nos pondremos nunca de acuerdo, señor Burton —

sentenció Alvin, y proyectó la barbilla de las dos papadas.

—No, creo que no.

—El *sheriff* le dio un buen consejo. Márchese, señor Burton. Su presencia entre nosotros no le traerá más que dificultades.

Jay dejó correr unos segundos respirando profundamente y luego dijo:

—¿Quiere contestarme a unas preguntas?

—Quizá no pueda hacerlo.

—Inténtelo de todas formas. No se refiere a nada de los negros.

—Jay hizo una pausa—. ¿Cómo llegó a parar Arthur Boyd a Rakesville?

—Vino aquí por su propia voluntad.

—¿Contratado por usted?

—No, se ofreció él.

—¿Qué hacía Boyd en Nueva Orleáns?

—Tenía una agencia de publicidad.

—¿No es un poco extraño eso?

—¿El qué?

—Que un hombre abandone una gran ciudad para ir a perderse en un pueblo de la montaña. Según tengo entendido, Boyd no tenía aquí ningún familiar. ¿Qué es lo que le contó a usted para justificar su presencia en este pueblo?

—Dijo algo referente a un médico que le había aconsejado un clima de altura. Durante los dos años siguientes Boyd se refirió un par de veces a que su mejor decisión había sido la de venir a Rakesville.

—¿No le trajo ninguna carta de recomendación?

—Absolutamente nada. Se presentó aquí y me dijo que tenía ganas de trabajar. A mi no me iban bien las cosas en aquel entonces y le dije que no le podía contratar. Entonces él se ofreció a buscar anunciantes. Sólo cobraría un tanto por ciento sobre la tarifa. Su oferta era buena y la acepté.

—Y Boyd tuvo éxito, ¿eh?

—Era un hombre que valía mucho. Conocía su oficio como pocos. Habló con el señor Campbell y consiguió toda la publicidad de sus negocios en Rakesville para mi diario.

—¿Antes no había tenido usted esos anuncios? Según mis noticias, su diario es el único que se edita en Rakesville.

—El señor Campbell y yo no poseemos los mismos caracteres. Al principio, cuando yo empecé a editar el diario, me concedió sus anuncios, pero luego acabamos mal y me los quitó. *El Centinela* no anunció nada de Campbell durante tres años. Fue entonces cuando empecé a acumular deudas. Arthur Boyd me salvó. Consiguió de nuevo los anuncios.

—¿Qué me dice de la mujer que supuestamente ha sido la causa de este asesinato? Ya sabe, me refiero a Carol Martin.

—No me gustó que Arthur Boyd la trajese. Fue el motivo por el que él y yo discutimos por primera vez. Le advertí que en un pueblo como Rakesville una mujer como Carol sólo podría traer dificultades. Desgraciadamente Arthur no me hizo caso. Poseía un carácter independiente. Boyd sabía que gracias a él yo había conseguido salvarme y que, si él se iba, Campbell volvería a demostrarme su animosidad.

—¿Quiere decir que después que Boyd consiguió el contrato, usted y Campbell no hicieron las paces?

—Campbell y yo continuamos sin hablamos. Nos saludamos alguna vez cuando nos encontramos en algún acto protocolario de la comunidad, como por ejemplo en la iglesia metodista, pero siempre eludimos el diálogo directo.

—Prosiga hablando de Carol Martin.

—No puedo decirle nada. Ella se dio cuenta desde el primer momento que no era de mi agrado y me ignoró tanto como yo a ella.

—¿Dónde puedo verla?

Alvin frunció el ceño.

—¿Es que va a continuar usted en Rakesville?

Jay sopesó la respuesta y finalmente dijo:

—Sólo será por pocas horas. Esta tarde regresaré a Little Rock.

Alvin hizo una mueca, titubeando unos instantes. Luego repuso:

—Vive en el número veintitrés de la calle Lincoln.

—Gracias por todo, señor Alvin. Si alguna vez va por Nueva York le devolveré el favor.

—Me temo que eso no ocurra nunca.

Jay observó los ojillos de Alvin fijos en los suyos y se preguntó qué sentido debía darle a aquellas palabras. ¿Se refería a que no iría nunca a Nueva York...? ¿O lo estaría amenazando?

Giró sobre los talones y salió a la calle, cerrando la puerta con un fuerte campanilleo.

Como cabía esperar en un pueblo, la gente era madrugadora. Se veía ya a muchas personas transitando por las aceras. Por la calzada pasaban carromatos tirados por caballos o vehículos de motor, casi todos modelos anticuados.

Consultó su reloj. Eran las siete y veinte.

De pronto descubrió al *sheriff* McHale en un porche de la acera de enfrente. Estaba inmóvil apoyado en el marco de una puerta, con los ojos fijos en él. Sobre la fachada de la casa campeaba un cartel, en el que se leía: «*Sheriff's Office*».

Sostuvo la mirada de McHale y se dio cuenta de que el representante de la ley, aunque permanecía inmóvil, era presa de una sorda rabia interior.

Jay le dio la espalda y echó a andar calle arriba.

Preguntó a un montañés por el local de Cranston y recibió la respuesta de que estaba en la buena dirección.

El bar estaba dos manzanas más arriba. La entrada se componía de una puerta metálica que estaba medio abierta y de unas hojas de vaivén que Jay empujó pasando al interior.

Las mesas y las sillas estaban amontonadas al fondo del local y una mujer negra lavaba el piso, entonando un canto en voz baja.

Nada más había un cliente, un tipo de anacrónica barba, que bebía un café con leche acodado en el mostrador. Tras éste se encontraba un hombre de cabeza grande, rapada, cejas blancas y ojos verdosos. Sus hombros eran muy estrechos y sus brazos cortos.

Jay hizo un saludo. El viejo que bebía el café con leche ni siquiera lo miró, pero el otro lo observó escrutadoramente, mientras emitía un sonido ininteligible.

—¿Qué desea? —inquirió.

—Quisiera un desayuno a base de un par de huevos fritos con salsa de tomate.

—De eso no tenemos.

—¿Tostadas?

—Tampoco.

—De acuerdo, un poco de café bien negro.

—Se me acaba de estropear la máquina.

El viejo, que había dejado de beber, mantenía el vaso en la

mano, mirando perplejo a la cafetera eléctrica que había en la esquina del mostrador.

Jay observó la aguja del manómetro. Marcaba 1,5 de presión, justo lo que debía señalar para realizar su trabajo. Sonrió.

—¿Es usted Cranston?

—Sí, soy Cranston. ¿Se le ocurre algo?

—Nada. Sólo que celebro haberle conocido.

Dio media vuelta y salió del bar. Miró hacia arriba. El *sheriff* seguía en la puerta y ahora se apoyaba en la otra parte del marco. Estaban muy lejos, pero a pesar de ello se observaron fijamente. Jay le volvió otra vez la espalda y siguió andando.

Vio una placa al comienzo de una calle que aflucía a la principal. Era la calle Lincoln. Se detuvo en la esquina. Desde aquel punto Arthur Boyd había pasado a la otra parte sin prever que entre las sombras de aquella pared surgiría el hombre que lo iba a enviar al otro mundo.

Cruzó lentamente y se detuvo. El suelo estaba embarrado porque por allí habían pisoteado muchos pies. No podía quedar la menor huella que pudiera allegar una pista.

A la otra parte, enfrente, en el número uno de la calle Lincoln, una mujer regaba un jardín.

Volvió a cruzar y se detuvo en la puerta.

—Buenos días —saludó.

La mujer, entrada en años, levantó la mirada. —¿Qué quiere?— preguntó con voz brusca.

—¿Puede decirme dónde vive Joseph Foster?

—Justo enfrente de esta casa.

Jay le dio las gracias y se volvió observando la casa donde vivía el supuesto único testigo del crimen.

La entrada principal correspondía a la calle Mayor, pero por aquella parte había una ventana. Ahora estaba cerrada y a través de los cristales no se veía nada.

Regresó al lugar en que Arthur Boyd había sido muerto y se detuvo mirando otra vez hacia la ventana.

Sí; Joseph Foster podía haber visto a los dos hombres y luego al asesino correr.

Al mirar hacia la calle Lincoln se asombró al ver que el más próximo poste del alumbrado, del que pendía un brazo metálico con

la bombilla, estaba situado a más de treinta yardas. Por tanto, aquella luz no podía irradiar hasta la esquina.

Observó la calle Mayor. Una casa más allá de la de Foster había otro poste, pero estaba pegado justo a la acera. La iluminación de dicha bombilla llegaría débilmente hasta el chaflán, pero en absoluto hasta el lugar junto a la pared donde habían ocurrido los hechos. Cualquier otro poste estaba situado a mayor distancia. Tal como había supuesto, Joseph Foster no había podido apreciar con seguridad, pese a su declaración, la talla y características del agresor. Lógicamente, después de hundir el cuchillo, el asesino debió escapar en cuestión de pocos segundos.

¿Y si tenía en cuenta que el lugar de observación de Foster estaba arriba, en la ventana?

Siguió andando por la calle Lincoln y se detuvo ante el número veintitrés. La casa, como las demás, estaba rodeada por un jardín que defendía una verja. La puerta del jardín estaba solamente entornada y la empujó.

Ascendió al porche y golpeó con un aldabón de bronce. Sólo tuvo que esperar unos segundos.

Hubiese reconocido a Carol Martin aunque la hubiese visto por la calle. Tal como había dicho Alvin, no era una mujer para Rakesville. Estaría por los treinta años de edad y era esbelta, de cabello muy rubio, tez bronceada, ojos muy claros rasgados y boca de labios húmedos. Se cubría con una bata de color rosa estampada con pequeñas florecillas de lis. Poseía un hermoso cuerpo, de pecho erguido y firme, cintura muy estrecha y caderas anchas. Calzaba zapatos de tacones altos que la ayudaban a resaltar su prodigiosa anatomía.

CAPÍTULO VI

—¿Señorita Martin?

La joven observó a Jay con las cejas enarcadas.

—Sí —murmuró, y su voz le pareció a Jay un poco teatral.

—Soy Burton, Jay Burton, del *Star* de Nueva York.

—¡Oh! —dijo ella y quedó con la boca abierta—. ¿Tan pronto?
—sonrió—. ¿Es posible que se hayan enterado en Nueva York?

—No se trata de eso, señorita Martin. Sólo estaba de paso por esta comarca. Me relacioné con el caso y decidí quedarme un rato en la ciudad. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí, señor Burton —respondió la joven, ahuecándose el cabello.

Pasaron a un confortable *living* en que había un par de mullidos sillones y un ancho y largo sofá. En la chimenea, lo mismo que en la casa de Mary Hughes, ardía un leño. Carol Martin hizo una indicación a Jay para que se sentase en un sillón y ella lo hizo en el de enfrente cruzando las piernas.

—Supongo que viene para que le hable acerca de Arthur Boyd —murmuró la rubia.

—Sí —respondió Jay.

—Hay poco que contar.

—De todas formas, apuesto a que es interesante.

Carol Martin sonrió. Jay no pudo por menos que recordar las palabras de Sam Shenker cuando le dijo que tenía la seguridad de que Carol deseaba desembarazarse de su amante. Viéndola ahora cara a cara, observando su tranquilidad, su forma de sonreír y sus maneras, Jay llegó a la conclusión de que el negro había estado acertado.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó ella de pronto.

—Lo siento. Se me acabaron.

—Es igual. Vaya a aquel pequeño armario del rincón. Es un bar

en miniatura. Me lo trajo hace apenas un mes Arthur de Little Rock. Encontrará cigarrillos y una botella de *whisky*. Puede preparar dos vasos.

—Muy bien, pero usted también puede empezar a contarme cosas. La escucharé mientras trabajo.

Jay fue hacia el armario que le había señalado. Se componía de dos cajones y un hueco con tres botellas defendido por una puerta de cristal. En la parte superior había una bandeja con media docena de vasos. Escanció *whisky* en dos de ellos y extrajo un paquete de cigarrillos del primer cajón. Carol seguía sin decir nada y al volver la cabeza la vio que lo estaba observando.

—¿Sí? —dijo él.

—Estaba mirándolo, Burton. Es usted muy alto.

Jay emitió un gruñido y fue hacia ella con los dos vasos y los cigarrillos. Lo dejó todo en la mesa ratona. Luego Burton le alargó un vaso y Carol, al tender la mano, le tocó con los dedos. Fue una caricia y Jay la miró profundamente a los ojos.

—Soy casado, con cinco hijos.

Ella rió cantarínamente.

—Es usted un solemne embustero.

—¿Cómo lo sabe?

El anillo.

—¡Oh!, es usted muy observadora —sonrió él y bebió un trago.

Ella también bebió y encendieron cigarrillos.

—Sí, señor —murmuró Carol, mientras arrojaba una bocanada de humo—. Es usted condenadamente alto.

—¿Más que Arthur?

—¡Oh!, él era un tapón.

Jay frunció el ceño.

—No parece muy condolida por su muerte.

—No lo estoy.

—La sinceridad es a veces peligrosa... Sobre todo cuando se refiere a una persona que ha sido asesinada.

—Pero en este caso hay un culpable, ¿verdad, señor Burton?

—Para Rakesville, sí.

—¿Quiere decir que, según usted, Sam Shenker no lo hizo?

—Tengo mis dudas.

—¡Oh!, es realmente emocionante. Aunque me figuro que si

usted mantiene esa posición va a complicarse un poco la vida.

—Parece conocer la comunidad en que vive.

—Llevo aquí dos años, Burton.

—Dígame cómo se le ocurrió meterse en...

—¿Esta pocilga? —La bella sonrió otra vez—. Sí, Burton. Se lo voy a contar. Arthur me encontró en Little Rock. Fue durante la Feria del Automóvil Usado. Yo trabajaba en uno de los barracones. Era la primera figura de un *ballet*. No crea que pretendía hacer palidecer la gloria de la Paulowa. Mi empresario me aseguraba que yo tenía otro poder de persuasión mucho más interesante para la clase de público que asistía a su espectáculo. Representábamos un número muy especial. Creo que se titulaba algo así como *Las cinco favoritas del sultán*. A Arthur Boyd le debió gustar eso de que yo fuera la primera favorita y pensó que también él podía ser el sultán. Naturalmente, a una chica como yo sólo había una forma de convencerla. Billetes, señor Burton. Y le aseguro que Arthur Boyd me enseñó un buen montón. Vino acá y me instaló en esta casa tan mona —echó el brazo hacia atrás abarcando una parte de la habitación.

Bebió otro trago de *whisky* y prosiguió:

—La cosa fue bien al principio. Yo estaba cansada de ir de un lado a otro y el reposo y el aire de estas montañas me sentó muy bien, pero la felicidad es algo que dura muy poco, señor Burton. Empecé a darme cuenta de que Arthur Boyd era un ser vulgar, un tipo que carecía de la menor inteligencia. Puedo asegurarle que no sabía mantener una conversación durante un par de minutos seguidos. Me empezó a exasperar, pero él me quitaba las ganas de marcharme comprándome cosas y más cosas, vestidos, zapatos..., que naturalmente no podía exhibir, a menos que usted considere a estos montañeses como seres humanos. Hace cosa de seis meses no lo pude aguantar más y un día cogí mi valija y me largué. ¿Y sabe lo que pasó? Cuando más confiada estaba yo en el autobús que se dirigía a Little Rock, apareció el coche del *sheriff* interceptándome el camino. Por una portezuela bajó el propio McHale y mi querido Arthur. Me invitaron a que bajase y yo no accedí. Entonces recurrieron a la violencia. El *sheriff* me cogió por un brazo y me sacó a rastras del autobús... ¡Ese sucio y maldito gigantón! Y lo más grande del caso era que Arthur Boyd y él no se llevaban bien. Otra

vez Arthur había usado sus billetes. Regresamos a casa y mi hombre me advirtió lo que me ocurriría si intentaba huir otra vez de Rakesville. Me aseguró que me dejaría quince minutos en poder del *sheriff* y que cuando McHale acabase conmigo, tendría libertad para marcharme, pero que no habría hombre en el mundo que me mirase a la cara... ¡El muy puerco!

—¿Cómo obtenía Arthur sus ingresos?

—¿No lo sabe? Era el jefe de publicidad de ese periodicucho que sale en este vertedero.

—¿Me va a hacer creer que ello le proporcionaba tantos billetes como para traer aquí a una chica como usted?

—¿Qué le pasa a una chica como yo? —inquirió ella, levantando altivamente la barbilla.

—Usted debió ver la posibilidad de hacer su paquete, nena.

—No me diga.

—Le apuesto a que si registro la casa le encuentro una valija llena de dinero.

La joven rió.

—¿Dónde está la orden judicial?

—Vivimos en un lugar donde por lo visto esas cosas no sirven.

—La fuerza bruta, ¿eh? —dijo Carol, divertida.

—Sí. Eso es lo que vale.

—¿Usted emplearía la violencia conmigo?

—Lo haría si no colaborase, pero yo sé que va a colaborar.

—Usted sabe muchas cosas, Burton.

—No me interesa su dinero. No pienso robarle un solo dólar, pero quiero conocer la cantidad exacta de dinero que usted le ha ido sacando a Arthur Boyd. Supongo que debió ser mucho, sobre todo al principio, hasta que usted se decidió a largarse. Eso fue lo que la decidió a adoptar su decisión. Admito que no estuviese enamorada de él, pero el otro motivo influyó mucho más. Sus ingresos empezaron a mermar. —Jay echó el cuerpo hacia adelante —. Corríjame si me equivoco, nena.

Carol rió levantando la cabeza y Jay observó su blanca garganta y el incipiente seno por el escote en forma de uve. Cuando tornó a quedar seria repuso:

—Usted es un tipo al que tendré que tomar en serio, Burton.

—Empiece ya.

Ella hizo un gesto afirmativo, sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos.

—Siete mil doscientos treinta y cinco dólares. Eso es lo que conseguí de él —su bello rostro se vio surcado ahora por una mueca—. ¡Y nadie podrá quitármelos! ¡Que se atreva ese maldito *sheriff* a hacerlo! ¡Le sacaré los ojos...!

—Tranquilícese, Carol. Me tiene de su parte.

—¿Y quién me va a garantizar contra usted?

—Mi oficio no es el de saquear a mujeres indefensas. Tampoco las obligo a que permanezcan a mi lado. Es una norma que he tenido siempre presente y que me ha ido bastante bien. La ayudaré a salir de Rakesville, pero tendrá que compensarme un poco.

—Quizá no me interese el pacto.

Aquí no encontrará a nadie que le haga una oferta mejor. —Jay paseó por la estancia y de pronto se detuvo clavando sus negras pupilas en el rostro de la rubia—. Por más vueltas que le doy no adivino cómo se las arreglaba Arthur Boyd para sacar tanto dinero. Hablé con el director de *El Centinela* antes de venir aquí. El periódico se arruinaba antes de que Arthur Boyd llegase.

Arthur hizo de Papá Noel y le sacó las castañas del fuego. Para lograrlo solo tuvo que hacer una cosa muy sencilla. Conseguir la publicidad del famoso señor Campbell. Teniendo en cuenta que Arthur Boyd solamente era un oportunista y Alvin no le pagaba ningún sueldo, es absurdo que pudiese conseguir tanto dinero con sólo hacer de intermediario entre Campbell y *El Centinela* de Rakesville o cualquier otro periódico de Little Rock. —Recordó algo y preguntó—: ¿Qué tal le iba el póquer a Arthur Boyd?

—Era un mal jugador. Perdía casi siempre.

—¿A cuánto se elevaban sus pérdidas?

—Ya sabe lo que les pasa a los hombres que juegan. Inconscientemente a veces se ponen a hablar solos y citan cifras. Otras veces lo sorprendí haciendo cálculos con una cuartilla y un lápiz. Debía perder alrededor de unos quinientos mensuales.

Hubo un largo silencio.

—Usted se calla algo, Carol —dijo Jay—. Sabe tan bien como yo que ese dinero no lo podía ganar Boyd con su negocio. ¿No le interesó nunca saber su origen?

—Desde luego, pero no me sirvió de nada. Cuando le hacía una

pregunta a ese respecto, me contestaba desabridamente diciéndome que me metiese en mis cosas.

—Pero usted, en el transcurso de estos dos años, habrá tenido una oportunidad de recoger un indicio, una frase suelta, algo que le hiciese sospechar dónde se encontraba la verdadera fuente de ese maná.

—No, Burton. Arthur se mostró muy reservado sobre ese particular. Los primeros meses quise conocer la ubicación de su cueva de

Alí-Babá.

Ya sabe, me valí de mis armas, pero fracasé. Entonces decidí que debía hacer mis ahorros lo más rápidamente posible. Tengo mi experiencia, ¿sabe? Sé que una cosa de éstas siempre acaba de una forma u otra...

Jay reanudó sus paseos por la habitación.

—¿Visitaba Boyd con mucha frecuencia Little Rock?

—Hacía un par de viajes al mes.

—¿Cuánto tiempo permanecía allí?

—Dos días, a lo sumo una semana.

—¿Para qué necesitaba tanto tiempo?

—No lo sé.

—¿Nunca la llevó con él?

—No, nunca.

—¿Viajaba con mucho equipaje?

—Un simple maletín de aseo.

—¿Y a la vuelta? ¿Algún paquete especial?

—Únicamente lo que me compraba a mí.

Jay observó el teléfono de pared.

—¿Y qué me dice de sus conversaciones telefónicas?

—Nunca le sorprendí nada que valiese un centavo. Utilizaba el teléfono únicamente para charlar con sus amigos.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—Los de la partida de póquer. Cranston, el juez Holden y Sandy, el del almacén.

—¿Algo de particular acerca de ellos?

—¿Qué le puedo decir? A mí toda esta gente me parece extraña, como seres de otro planeta. Viviría aquí quince años y no conocería su psicología. No tienen la más ligera idea de lo que es la

educación, son zafios, brutos, torpes... Sólo le puedo decir que Arthur me prohibía el que yo tuviese relación con esa gente. Y ésa fue una de las órdenes tuyas que cumplí con más satisfacción. Las mujeres de aquí me odiaron desde el primer día y en cuanto a los hombres... —sonrió—. Me gusta ver cómo brillan sus ojos, cuando yo paso por su lado.

—Y, al parecer, para usted no tiene importancia el color de la piel.

—¿Qué quiere decir?

—Ha estado comprometiendo descaradamente a Sam Shenker.

—Me resultó un tipo simpático.

—Déjese de tonterías, nena. He comprendido bien su intención.

—¿También en eso hubo una intención?

—Cuando su fuga fracasó, debió imaginar que tenía que arreglárselas de alguna forma para salir de este pueblo. Se dio cuenta de la animosidad que existe en esta comunidad contra los negros y entonces se le ocurrió una brillante idea, la de mostrarse propicia con Sam en cuántas ocasiones se lo encontrara. Pensaba enfrentarlo con Arthur Boyd... Confieso que era un plan bien concebido. Lo prueba el hecho de que, efectivamente, Boyd tratase de ajustar cuentas con el negro. Cuando usted vio cómo Boyd golpeaba a Sam, es seguro que pensó que su libertad se acercaba. Después de aquello, le bastarían unas cuantas miradas o algo más emotivo para precipitar la tragedia... Y ahora usted está convencida de que su diabólica maquinación se ha cumplido en todas sus partes. Él negro mató a Arthur y usted es ahora libre de irse con su dinero, si es que la dejan marchar y el *sheriff* no quiere recoger la herencia de Arthur Boyd.

La joven frunció los oídos.

—¿Trata de asustarme?

—No; le digo únicamente realidades.

—¿Qué le hace pensar que el *sheriff* se va a meter conmigo ahora?

Jay se acercó con su vaso al mueble-bar y escancié otra ración de *whisky*.

—¿Ha pasado por su mente siquiera, Carol, la de que el *sheriff* es tonto? Apuesto a que él sabe mucho más que nosotros acerca de la fuente de ingresos de Arthur y también habrá sacado sus

conclusiones respecto a usted. Ese McHale es un individuo de cuidado.

Conocerá con bastante aproximación la cantidad de dólares que ha podido ahorrar. ¿Cree que él la va a dejar marchar con su dinero?

Burton se dio cuenta de que sus palabras impresionaban grandemente a la hermosa rubia.

—¡No me hará nada! —gritó—. ¡Ese reptil no me manchará con su asquerosa baba!

—¿Está segura, nena?

Carol parpadeó y de pronto se llevó las manos a las sienes y apretólas con fuerza.

Descubrió otra vez sus ojos y repuso:

Usted dijo antes que me iba a ayudar, Burton.

—Sí, a cambio de que usted también colaborase conmigo.

Hubo una pausa.

—¿Qué es lo que quiere que haga? —preguntó la joven.

—Sólo persigo una cosa. Dar con el verdadero asesino de Arthur Boyd.

—¿Cómo está tan seguro de que no fue Sam?

—Me he dedicado a investigar por mi cuenta y he podido comprobar que el asunto no está nada claro. Quizá si supiera de qué forma lograba Arthur Boyd su dinero, tendría hecho gran parte de mi trabajo.

—Ya le he dicho que lo ignoro.

—Si me miente, le aseguro que será peor para usted.

—No le miento.

—Está bien. Dejemos eso. Hay otro aspecto de Arthur Boyd que me interesa. Según parece, vivía en Nueva Orleans antes de venir aquí. ¿Por qué cambió de residencia? —Su médico le aconsejó el clima de montaña. Le dijo que si continuaba en la ciudad no duraría más de un año—. Carol hizo un gesto con la mano, agregando con un acento melodramático: —Arthur tuvo en cuenta la advertencia y se trasladó aquí, pero sólo consiguió alargar un año más de lo previsto su vida.

—¿Qué clase de enfermedad padecía?

—No me lo dijo.

—¿Tenía aspecto de estar enfermo?

—A veces se quejaba del estómago y tomaba bicarbonato. Supongo que su dolencia no tenía nada que ver con el clima de la montaña.

—He oído hablar del doctor Slocum. ¿Asistió a Boyd alguna vez?

—Sí, pero sólo fue porque en cierta ocasión Arthur se torció un tobillo.

Jay sacudió la cabeza.

—¡Infiernos! En este condenado embrollo no se ve una sola grieta por donde pueda penetrar la luz. Todo es confuso, absurdo. Y usted era quien tenía más posibilidades para aportar una pista. Pero no sabe nada... Todo cuanto ha dicho hasta ahora me sirve para insistir en que Sam es inocente, pero ¿dónde está el asesino?

Se dejó caer en el sofá y cogióse la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las piernas.

—Deje de pensar por un rato —le aconsejó ella—. Yo también a veces lo he hecho y entonces es cuando ha brotado la idea que antes no salía.

Jay la miró, dedicándole una sonrisa.

—Quizá tenga razón —consultó su reloj. Eran las ocho y media. Hasta, las once no podría llamar a Mary Hughes. Detuvo otra vez los ojos en el rostro de Carol—. No me han querido dar de comer en Rakesville y estoy sin echarle nada al estómago desde ayer al mediodía. Por añadidura, apenas he dormido.

La joven se levantó sonriente.

—Le daré posada, buen peregrino.

Ella salió del *living-room* y él la siguió con la mirada, observando el balanceo de sus caderas. Luego se quitó la chaqueta y la colocó en una silla. Tendióse en el diván y alcanzó un almohadón, que se puso bajo la cabeza. Descalzóse y cerró los ojos.

Empezó a dormirse a pesar de que las ideas le bullían en la mente como el agua en una hirviente marmita. Llegó hasta él el aroma reconfortante del café y poco después oyó los pasos de Carol. Se sentó nuevamente en el diván y observó que había transcurrido media hora. Carol estaba delante de él, en pie, con una bandeja bajo el firme pecho.

—Aquí lo tiene, peregrino.

Dejó la bandeja sobre la mesa ratona.

Jay observó su contenido y lanzó un silbido. Allí había un par de

huevos fritos, una lonja de tocino, salsa de tomate, media docena de tostadas y una cafetera de porcelana con su correspondiente taza.

Despachó todo en menos de veinte minutos bajo la mirada atenta de Carol, y mego encendió un cigarrillo, exhalando el humo con fruición.

—La vida es buena —dijo.

Carol se sentó a su lado y murmuró:

—Ahora puede dormir.

—Sí, creo que me conviene teniendo en cuenta el trabajo que se avecina.

Carol se sentó a su lado y apoyó la cabeza en el respaldo. Sus húmedos labios estaban entreabiertos. Permanecieron un rato mirándose y ella dijo:

—Me gustaste en cuanto te vi, Jay.

—¿Sí?

—Bésame.

Burton enarcó las cejas y dejó transcurrir unos segundos. Finalmente se inclinó sobre ella.

—Marchémonos de aquí ahora, Jay.

—No puede ser.

—Has traído un coche, ¿no?

—Sí.

—Entonces es nuestra oportunidad —lo tomó por el cuello de la camisa y lo besó en la comisura de la boca—. Oh. Jay, aquí no hacemos nada —murmuró, implorante—. Tú mismo lo dijiste antes. Ese *sheriff* es un canalla. Eres muy valiente, pero no podrás hacer, nada contra él.

—Quizá sí.

—Esta tarde podremos estar en Little Rock, muy lejos de esta basura. Tengo mucho dinero, Jay.

—Ya lo sé. Exactamente siete mil doscientos treinta y cinco dólares.

—Iré donde tú quieras.

El le cogió una oreja. La miró a los ojos y sonrió.

—No puede ser, nena. Quiero hacer algo por ese negro.

Las verdosas pupilas de Carol relampaguearon furiosamente.

—¿Por qué? ¿Por qué has de hacer algo por un pobre imbécil al que acabas de conocer?

Jay sacudió la cabeza.

—Es algo instintivo, pequeña. Siento piedad por los oprimidos y no puedo soportar a quienes los humillan, los maltratan o los llevan a la desesperación. Se me revuelve el estómago cada vez que me encuentro ante un acto de injusticia. Siento náuseas, pequeña, y cuando eso ocurre, hago cuánto está en mi mano para aplastar la cabeza de las víboras.

Carol se echó hacia atrás fruncido el ceño.

—No te comprendo. ¿Qué vas a ganar con eso? ¿Se han metido acaso contigo...? ¡Es sólo un negro, Jay!

—Para mí no tiene importancia el color de la piel.

—Estás loco, Jay, rematadamente loco. Vas a exponer tu vida por nada.

—Si consigo que el verdadero culpable reciba su castigo, me consideraré suficientemente recompensado.

—Piénsalo bien, Jay. Nunca encontrarás a una mujer que te ofrezca más de lo que yo te puedo ofrecer.

—Eres muy generosa, nena, pero no puedo aceptar tu oferta.

Ella fue a replicar y en este instante sonó el timbre del teléfono.

Los dos volvieron la cabeza hacia la pared, justo donde se hallaba el aparato.

Carol se puso en pie y caminó despacio; luego descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga? —susurró.

Escuchó unos instantes y luego apartó el micro de la cara, anunciando:

—Es para ti, Jay.

Burton se puso en pie, recorrió descalzo la distancia que lo separaba de la joven y se llevó el auricular al oído.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—¿Señor Burton? —Era una voz opaca que Jay no pudo identificar.

—Sí, soy yo —confirmó—. ¿Con quién hablo?

—Considéreme como su amigo, señor Burton.

—No tengo amigos en Rakesville.

Jay escuchó una risita.

—Le voy a demostrar lo contrario, señor Burton —murmuró el desconocido—. Usted no ha caído bien en Rakesville. Empezó

teniendo dificultades con el *sheriff* y acabará teniéndolas con otras muchas personas.

—No es culpa mía.

—Existe un medio para que todo se solucione, señor Burton.

—¿Cuál?

—Usted monta en su coche y se larga de Rakesville.

—Al parecer hay muchos montañeses que coinciden con esa idea.

—La mía es algo especial, señor Burton. Usted puede marcharse a las diez. A tres millas de la ciudad, camino de Little Rock, usted se detendrá ante una roca blanca que hay al borde del camino. Justo en la parte inferior de esa roca hay un hueco, ¿y sabe lo que encontrará en ese hueco, señor Burton...? Dinero. Un sobre con cinco mil dólares.

Ahora fue Jay quien soltó la risita.

—No creí que fuese yo tan importante. Esa cantidad casi equivale a lo que gano en un año.

—¿Ve usted? ¿No le dije que era su amigo?

—Explíqueme ahora su interés.

—Me gusta vivir en paz. Ésta es una comunidad tranquila, señor Burton, y no me negará que usted la ha soliviantado con su presencia.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro que sí.

—¿Mató usted a Arthur Boyd?

—No me defraude, señor Burton —rió otra vez el desconocido—. Usted interpreta mal mis palabras. Debe considerar que el dinero que se le ofrece no es un donativo que le hace una determinada persona. Es el pueblo de Rakesville quien le ofrece esta oportunidad para que lo recuerde siempre con afecto. Somos gente sencilla, sin complicaciones.

—¿Todos los días trinchan a un hombre por la espalda en Rakesville? ¿Se dedican sus autoridades a apalear negros o forasteros como simple deporte? —Jay hizo una pausa—. ¿O es que eso es una cosa sencilla y carente de importancia?

—Es usted terco, señor Burton.

—Le voy a hacer yo otra oferta. Usted debe saber quién mató a Arthur Boyd. Deme su nombre. En cuanto le haya echado el guante

y dejado en manos de una autoridad responsable, me despediré de Rakesville. —Jay consultó su reloj—. Son ahora las ocho y media, querido amigo. Con treinta minutos quizá tengamos bastante para solucionar nuestro negocio. De esa forma yo podré marcharme de su ciudad mucho antes de las diez y usted se ahorrará, perdón, el pueblo de Rakesville se ahorrará, cinco mil dólares. Siguió un profundo silencio. La voz de su anónimo interlocutor llegó ahora cortante, como una cuchilla de afeitar:

—Está cavando su fosa, Burton. Usted parece inteligente. Es joven y tiene un gran porvenir por delante. No juegue con su estrella. Otras con mucha más luz que la suya se han oscurecido de la noche a la mañana.

—Tendré en cuenta sus amenazas.

—Está decidido a quedarse, ¿eh?

—Fue una decisión que adopté antes que usted llamase.

—Tendrá que atenerse a las consecuencias. Créame. Lo siento por usted.

Jay oyó el chasquido al quedar interrumpida la comunicación.

—Oiga, señorita —llamó a la centralilla.

—¿Qué desea? —le contestó una voz femenina.

—Quiero saber con quién he estado hablando. Mi comunicante se olvidó de mencionar el nombre.

—No se oye nada, señor.

—Le pregunto que quién acaba de llamar a casa de la señorita Martin. Carol Martin.

—No le comprendo, señor. Lo siento, tengo mucho trabajo.

Acto seguido la telefonista cortó definitivamente.

Jay apretó con fuerza los labios y colgó el auricular en la horquilla.

CAPÍTULO VII

Carol lo estaba mirando.

—Ya te lo advertí antes, Jay. Me alegro de que haya ocurrido. Supongo que ya no te quedará ninguna duda —empezó a andar hacia una de las puertas—. Me vestiré en seguida y saldremos inmediatamente.

—No, nena —dijo Jay, y ella se detuvo, mostrando un mohín de asombro—. Ese hombre no ha logrado nada. Las cosas siguen como estaban. Yo me quedo.

—Pero..., te matarán, Jay... Te matarán como a Arthur... Y puede que también hayan pensado en mí.

El la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por que habían de matarte a ti, Carol?

—Era la amante de Arthur, ¿no? Quizá el asesino mató a Arthur por celos. Es posible que alguien se haya enamorado de mí sin yo saberlo... Entra dentro de lo posible. Ya te dije antes que esos brutos montañeses me miraban de una forma extraña al pasar por la calle. Hasta puede ser un loco.

Jay alcanzó otro cigarrillo del paquete y lo encendió. Exhaló dos chorros de humo por la estropeada nariz y dijo:

—Tienes un camino, pequeña. Mi coche está aparcado en el cobertizo del hotel Roma —sacó la llave de contacto y se la tiró al aire. Ella la alcanzó y observóla.

—¿Quieres decir que... vaya sola?

—Alquilé el coche en la casa King, calle Jefferson, de Little Rock. Tengo abonado el alquiler hasta mañana. Puedes entregarlo allí en mi nombre. Tiene abollado un guardabarro, pero también dejé cien dólares en depósito que alcanzan para pagar la reparación.

Carol titubeó unos instantes. Finalmente dijo:

—¿Me lo vas a tener en cuenta?

—Es algo que sólo te compete a ti.

Ella le sonrió.

—Te conozco hace dos horas y es como si hubiera transcurrido ya un año. Me ha ocurrido solamente con dos hombres. El primero murió hace ya una eternidad. Burton la miró sin decir nada y finalmente se dejó caer en el sofá y se calzó seguidamente. Cuando levantó los ojos ella ya no estaba en el *living*.

De pronto volvió a sonar el teléfono y esta vez el timbrazo sonó como un restallido en el silencio.

Llegó la voz distante de Carol:

—¿Quieres cogerlo tú, querido?

Jay tomó el auricular otra vez.

—Casa de la señorita Martin —anunció—. ¿Quién llama?

—¿Es usted, señor Burton?

Jay reconoció al instante la voz de Mary Hughes.

—Sí, Mary —repuso, llamándola por su nombre—. ¿Cómo ha dado conmigo?

—Me imaginé que se había puesto usted en campaña y empecé a llamar a los lugares que supuse visitaría. Triunfé a la cuarta. ¿Qué tal impresión le ha causado?

—¿Quién?

—Sabe a la persona que me refiero.

En aquel momento Carol Martin apareció en el hueco de una puerta. Se cubría con un vestido de punto que contorneaba sus pronunciadas curvas. En el centro del pecho exhibía un broche al que Jay concedió gran valor. Indudablemente era uno de los regalos de Arthur Boyd. Al brazo llevaba un impermeable. Enfundaba las esbeltas piernas en medias de nylon y calzaba zapatos de tacones muy altos. Jay la admiró de pies a cabeza y luego dijo a través del micro:

—Es realmente muy interesante.

—Así que, después de todo, usted es como los demás.

—¿Acaso esperaba algo extraordinario de mí?

—No, señor Burton. —Mary Hughes hizo una pausa y luego agregó—: Me he adelantado a su llamada porque tengo un rato libre hasta las doce. ¿Podemos vernos en el pueblo?

Naturalmente, si es que ha terminado ya la interviú con su interesante personaje.

—Acabé hace unos minutos. Estoy a su disposición.

—Dentro de media hora, en la puerta de mi casa.

—Muy bien. Allí me encontrará. Oiga, Mary, ¿sabe usted si han utilizado recientemente ese teléfono?

—No lo sé. Acabo de abandonar mi habitación... Espere... Ahora recuerdo que cuando cerraba la puerta de mi cuarto oí un chasquido, como si alguien colgase. Naturalmente, en esta casa hay varios teléfonos.

—¿Podría determinar cuál de ellos ha sido utilizado y la persona que tiene más probabilidades de haber hablado?

—Eso me resulta imposible. Ya me entiende. Yo estaba distraída. Creo recordar el chasquido, pero no puedo concretar nada más.

—Está bien, Mary. Nos veremos dentro de un rato.

Jay esperó a que ella colgase para hacerlo él a continuación.

Carol Martin dijo:

—Eres muy rápido en hacer amistades, Jay, y parece ser que en Rakesville yo no fui tu primera descubridora.

Jay se puso la chaqueta en silencio.

Carol alcanzó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Burton frotó un fósforo y le acercó la llama. Mientras arrojaba una bocanada de humo, la rubia murmuró:

—¿Sabes que ella es la chica de McHale?

—Mis informes son otros. McHale persigue a la muchacha, pero ella no le hace ningún caso.

—Es lo mismo una cosa que otra. McHale la hará suya.

Jay sintió latir sus sienes con violencia. Hizo esfuerzos por que su voz sonase tranquila:

—Es posible que a McHale le fallen sus cálculos.

Ella dejó el cigarrillo sobre un cenicero, le puso las manos en los hombros y le miró a la cara.

—No lo comprendo, Jay.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—No eres ni siquiera guapo. Eres únicamente varonil.

—Muy halagador.

Ella acercó su boca a la de él y lo besó. Pero Jay no hizo nada por prolongar el beso. Se mantuvo inmóvil y Carol separó sus labios unas pulgadas y murmuró:

—Te estaré esperando en el hotel Florida de Little Rock. Permaneceré allí hasta pasado mañana. Si para entonces no has

llegado, me iré sola —sonrió suavemente—. Ahora tengo que preparar mi equipaje.

Jay se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir del *living* se volvió y dijo:

—Aprieta a fondo el acelerador. Supongo que el *sheriff* estará demasiado entretenido conmigo. No hace falta que vayas por la calle Mayor. Puedes llegar al cobertizo del hotel Roma utilizando las calles laterales, y si conoces algún camino vecinal hasta llegar a la carretera, será también una buena ventaja.

—Descuida, Jay.

—Una última pregunta. —Jay guardó un silencio—. ¿Estás segura de habérmelo dicho todo respecto a Arthur Boyd?

—Todo, Jay. Ahora no podría engañarte.

Burton sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salió definitivamente de la casa. Dirigióse hacia la de Mary y en el camino se encontró con el almacén de Sandy Dugal. Detúvose recordando que el comerciante era uno de los que componía la partida de póquer que habitualmente jugaba el difunto Arthur. Se coló dentro. En aquel momento no había ningún cliente en la tienda. Al otro lado de un mostrador vio a un hombre de unos cuarenta años de edad, de rostro atezado y cabello rojizo.

—¿Tiene tabaco? —preguntó, después de dar los buenos días.

El pelirrojo le observó escrutadoramente la cara e hizo un signo afirmativo.

Burton abonó el paquete de «Lucky» que abrió allí mismo, poniéndose un cigarrillo entre los labios. Mientras buscaba los fósforos inquirió:

—Según me han dicho, usted era amigo de Arthur Boyd.

Sandy lo miró otra vez y ambos permanecieron en la misma actitud durante quince segundos, observándose sin pronunciar una sola palabra. Finalmente el tendero alcanzó un ejemplar de la edición extraordinaria del *Centinela de Rakesville* y se dispuso a leer.

Jay contuvo a duras penas el deseo de golpear la cara de Sandy Dugal, pero respiró profundamente y logró serenarse. Luego dio media vuelta y abandonó el local. Se detuvo en la esquina para encender el cigarrillo y de pronto oyó el rugido de un motor a su izquierda.

Un coche modelo de cinco años atrás apareció al comienzo de una calle lateral corriendo a una velocidad de más de noventa millas. Tomó la curva sobre dos ruedas y se precipitó sobre la acera, justo donde Jay se encontraba.

Ocurrió en menos de tres segundos. Burton se lanzó al aire hacia atrás, haciendo un esfuerzo sobrehumano y aun así un guardabarros le enganchó la suela del zapato derecho, arrancándosela de cuajo. Jay aterrizó golpeándose fuertemente un hombro contra la pared. Luego el coche frenó bruscamente y estuvo a punto de volcar, pero milagrosamente quedó horizontal después de golpear dos veces sus ruedas traseras contra el piso embarrado.

Jay se incorporó, ebrio de rabia, tocándose el hombro lesionado. Un hombre fornido, de mediana estatura, abrió la portezuela del coche y salió fuera rascándose la cabeza.

Miró a Jay y exclamó:

—¡Infiernos! Usted puede decir que nació hoy.

Jay lo miró con los ojos entrecerrados y respondió:

—Pero usted no va a decir lo mismo.

—Quiere pelear, ¿eh? —rió sarcástico el montañés.

Jay caminó hacia él con los puños cerrados mientras murmuraba:

—Usted es un asesino, eso..., un miserable asesino.

Algunos hombres se acercaron previendo la pelea que se iba a iniciar. Uno de ellos dijo:

—Anda. Uxman, enséñale al forastero cómo las gastamos aquí.

Jay había llegado ya junto a su antagonista, y éste amagó con el puño izquierdo, pero soltó la derecha contra el cuerpo del joven.

Burton no picó el anzuelo y burló fácilmente el golpe de Uxman, replicando con un terrible zurdazo que llegó limpiamente a las narices del montañés. Sonó un restallido, como el que produce un hueso al romperse, y Uxman lanzó un grito y trastabilló hacia el coche, estrellando sus anchas espaldas contra la portezuela trasera. Jay lo siguió rápidamente en su marcha, sin darle oportunidad para rehacerse. En otras circunstancias le hubiese concedido cuartel, pero estaba cegado por la ira. No se enfrentaba con un hombre, ni siquiera contra un grupo de hombres, como lo había hecho en Nueva York. Ahora lo que tenía frente a sí era un pueblo, toda una comunidad, cuyos miembros vivían corroídos por el odio hacia

otros hombres cuya piel era de distinto color.

Le hundió el puño derecho en el hígado, luego el otro en el estómago y cuando lo tuvo boqueante lo alcanzó de lleno en la mandíbula. Sonó un fuerte ruido a cascajo y Uxman volvió a golpear en el coche y se derrumbó sobre el barro, quedando boca abajo, completamente inerte. Se hizo un profundo silencio.

Jay observó a su víctima entre jadeos. De pronto le llegó una voz que él ya conocía muy bien:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Jay volvió la cabeza y vio al *sheriff* McHale.

—Una pelea, ¿eh? —dijo McHale y puso los brazos en jarras.

Miró a Uxman y luego a Burton. Chasqueó la lengua mientras movía la cabeza en sentido negativo.

—Esto no me gusta nada, señor Burton. Al parecer, cree que se encuentra en Nueva York, donde puede hacer lo que le dé la gana.

Jay frenó el impulso de arrojarse contra el *sheriff*. Pensó a tiempo que probablemente eso era lo que McHale deseaba. Señaló a Uxman y dijo:

—Intentó asesinarme con el coche.

Un hombre de unos veintiocho años, alto y delgado, de cara caballuna, se adelantó un paso y declaró:

—No le haga caso, *sheriff*. Todos nosotros vimos lo que realmente ocurrió. Uxman pasó por la calzada y sólo lo manchó de barro. El forastero empezó a insultar a Uxman y entonces él se detuvo.

—Ocurrieron así las cosas, ¿eh, Jimmy?

El huesudo sacudió la cabeza.

—Desde luego, *sheriff*. Fue así.

—¡Está mintiendo! —gritó Burton.

McHale sonrió.

—Éste es un caso bastante más claro que el asesinato de Arthur Boyd, señor Burton. Aquí hay cinco testigos y todos parecen estar dispuestos a jurar que los hechos ocurrieron como dice Jimmy.

Jay clavó sus acerados ojos en el rostro de McHale.

—Usted sabe que lo que ha dicho ese palurdo montañés es una sucia patraña.

—¿Qué le hace suponer que lo sé?

—Estaría dispuesto a apostarme el sueldo de cinco años a que

usted mandó a Uxman contra mí.

McHale compuso una mueca de fingido asombro.

—¿Han oído lo que dice el forastero? Ustedes son también testigos de esto, muchachos. Acaba de asegurar que yo ordené a Uxman que lo matase —sonrió de nuevo a Jay—. ¿Se da cuenta de que está empeorando su situación, señor Burton? Por ahora va a tener que responder a tres cargos. Riña callejera con provocación, lesiones graves a un ciudadano y, por último, calumnias contra un representante de la ley.

—Acabó ya la comedia, McHale.

—Tendrá que acompañarme.

—No, *sheriff*. No voy a ir con usted a ningún sitio.

—Cuarto cargo: resistencia a la autoridad.

—Usted no representa a la autoridad, McHale. Usted sólo representa la tiranía, el despotismo. La autoridad es algo más sagrado; el ejercicio de un poder que los miembros de un cuerpo social han reconocido en una persona que destaca por su espíritu de justicia, su rectitud y su equidad... Usted no reúne ninguna de esas condiciones y los propios hombres que lo votaron dejaron de merecer esa autoridad y se rebajaron a la simple condición de animales.

Hubo una pausa. Ahora del rostro de McHale había desaparecido la sonrisa y los hombres que componían el grupo de supuestos testigos parecían haberse convertido en estatuas.

Uxman empezó a moverse lanzando gemidos, pero nadie le prestó atención.

El *sheriff* se dio cuenta de la impresión que las palabras del periodista habían producido en los montañeses. Con voz rabiosa, dijo:

—Es una lástima que no haya aprovechado sus formidables dotes oratorias para la política —hizo una pausa y agregó, arrastrando las palabras—. Ahora, aunque quisiera seguir ese camino en su ciudad, no podría. Tendría que liquidar sus cuentas con nosotros y apuesto a que el saldo no le va a resultar muy favorable... ¡Eche a andar hacia mi oficina!

Jay siguió inmóvil.

—¡Póngase en marcha, Burton! —ordenó otra vez McHale.

El periodista tampoco se movió.

McHale movió rápidamente la diestra y sacó el revólver, apuntando a su víctima.

—Quisiera no obedeciese tampoco a la próxima —murmuró, retador.

Jay conocía su porvenir en la celda. Allí le sería fácil a McHale reducirlo a la impotencia.

Le bastaba observar los ojos del *sheriff* para saber cuánto lo odiaba. En la oficina descargaría toda su furia contra él. Le machacaría los huesos. Lo golpearía sin piedad... No, no estaba dispuesto a soportarlo. Se defendería allí, a la vista de todos. Y si recibía un tiro, quizá aquello fuese el principio del fin para el tirano.

CAPÍTULO VIII

La voz de McHale sonó ronca, premonitoria:

—Está detenido, Burton. Comience a andar delante de mí.

Jay se preparó para saltar sobre el *sheriff*. De repente el impresionante silencio fue roto por una voz femenina:

—Usted no puede hacer eso, McHale.

Era Mary Hughes.

Estaba allí. En primera fila y se había abierto paso sin que nadie se diese cuenta de ello.

Todos la miraban expectantes, incluidos los dos protagonistas de la escena.

—Esto no es asunto para mujeres, Mary —dijo McHale—. Márchese.

—No opinarán lo mismo el juez y el fiscal.

—¿Qué quiere decir?

—Lo presencié todo desde la esquina donde tiene Susan la mercería. Uxman llegó por la calle Ocho a una endiablada velocidad. Tenía espacio suficiente para seguir por la calle Mayor, pero hizo girar el volante violentamente hacia la izquierda, justo donde se hallaba el señor Burton. Lo habría matado irremisiblemente si no hubiese sido porque el señor Burton saltó, evitando el atropello.

La joven hizo una pausa.

Los ojos de McHale se habían agrandado poco a poco y no se apartaban del rostro de Mary. Ésta hizo un gesto de resuelta determinación mientras decía:

—Estoy dispuesta a jurar ante un tribunal que Uxman condujo su coche intencionadamente contra el señor Burton —volvió la cabeza hacia los hombres que estaban detrás de ella—. Lo viste lo mismo que yo, Fitzmaurice... Y tú también, Canovan.

Los aludidos se movieron desasosegadamente y terminaron por

bajar la mirada al suelo.

McHale respiraba furia por todo él. Finalmente volvió el revólver a la funda y gritó:

—¡Llevad a Uxman al doctor Slocum!

Dos hombres cogieron al gimiente Uxman por debajo de las axilas y se lo llevaron casi a rastras. Los otros montañeses empezaron a marcharse.

Quedaron a solas en el lugar de la escena Mary Hughes, Burton y McHale. Éste dijo:

—Hiciste una buena defensa, Mary Hughes —luego volvió la mirada hacia el periodista—. Está en su racha de buena suerte, señor Burton, pero tengo una experiencia.

El jugador que se confía mucho, termina por perder. Nunca sabe retirarse a tiempo.

Tras pronunciar las últimas palabras, McHale dio media vuelta y se alejó.

Jay se miró el zapato destrozado y luego observó a la joven, sonriendo.

—Gracias, Mary Hughes.

La muchacha le devolvió la sonrisa y Burton juró para sus adentros que él no había visto sonreír de aquella forma a ninguna mujer en su vida.

—Tengo noticias para usted —murmuró ella—. Pude hablar con Sam antes de que se lo llevase el *sheriff* de mi casa.

—¿Qué es lo que le dijo?

—Efectivamente, poco antes de las nueve de la noche se hallaba frente al local de Cranston, pero no vigilaba la salida de Arthur Boyd, ni siquiera pensaba en él. Había quedado citado allí con Tommy Smith.

—¿Quién es?

—Otro negro que cultiva un maizal en uno de los valles. Las cosas le fueron mal en la cosecha del año pasado y necesitó dinero. Sam le prestó veinte dólares. Este año Tommy vendió bien el maíz y hace tres días citó a Sam para ayer noche, con objeto de abonarle su dinero. Tommy es muy suspicaz y no quería que nadie lo viese devolviendo los veinte dólares a Sam.

—Eso es muy bueno. ¿A qué hora llegó Tommy?

—Un par de minutos antes de las nueve. Sam le vio acercarse

por la misma acera en que él se encontraba, pegado a la pared para no mojarse. Una vez se encontraron, emprendieron la marcha juntos hacia el bar de Sidney, un establecimiento donde solo concurren negros. Tommy entregó a Sam en el camino los veinte dólares. Luego entraron en el bar de Sidney y permanecieron allí como cosa de diez minutos bebiendo *whisky*. En aquel momento había media docena de clientes, todos negros. Finalmente salieron a la calle y se despidieron. Sam echó por la calle Mayor rumbo a su pequeña choza de las afueras. De pronto vio a un grupo de personas que levantaban la voz en la confluencia de la calle Lincoln. Creyó oír su nombre y se detuvo para escuchar. Identificó las voces de Joseph Foster y el *sheriff*. Foster aseguraba que Sam había asesinado a Arthur Boyd, clavándole un cuchillo en la espalda. Lo había visto desde su ventana. Sam se escondió en la oscuridad aterrizado y luego echó a correr por una calle lateral. Volvería a su cabaña y rogaría al cielo que el *sheriff* encontrase al verdadero asesino. — Mary guardó silencio—. Fue allí donde le encontró McHale. Le condujo a su oficina y le sometió a interrogatorio. Sam juraba una y otra vez que él no había matado a Arthur Boyd. McHale le golpeó, amenazándole con dejar que le linchasen. Se había arremolinado mucha gente fuera. Sam se asustó y terminó por confesar su supuesto crimen. Luego el *sheriff* salió fuera y mostró en alto a los ciudadanos la declaración. Los vecinos vitorearon al *sheriff* y regresaron a sus casas. Cuando el de la placa entró de nuevo en las oficinas abrió una ventana para purificar la atmósfera enrarecida. Entonces, Sam, sin temor a que le pudiesen matar, decidió huir y saltó por la ventana. Rodó, golpeándose con el bordillo de la acera, pero consiguió escapar. Lo demás lo sabe usted.

—Para purificar la atmósfera enrarecida —repitió Jay—, ese *sheriff* se las sabe todas.

—¿Quiere decir que McHale abrió la ventana para dar oportunidad a que Sam huyese?

—Apostaría a que fue así. Más todavía. Probablemente le dio la espalda o le dejó con uno de sus ayudantes que ya estaba previamente aleccionado. Quizá lo que le interesaba a McHale, teniendo ya la confesión en la mano, era que Sam muriese.

La joven se mordió el labio inferior.

—Conozco a McHale desde hace muchos años y sé que es un

hombre primitivo, violento, pero ¿qué interés podía tener en matar a Sam? —De pronto el rostro de la joven se demudó—. Usted quiere decir que McHale fue el asesino de Arthur Boyd.

—Posiblemente.

—¡Oh, no! Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—¿Qué motivos podía tener para llegar a esa determinación?

—Quizá usted misma pueda contestar a esa pregunta. Yo no soy de Rakesville y usted ha vivido aquí siempre. ¿Cómo se llevan Arthur Boyd y el *sheriff*?

—Que yo sepa, no tenían ningún negocio en común. Sus profesiones eran completamente distintas. Algunas veces les he visto hablar juntos y lo hacían como dos personas normales.

Jay sacudió la cabeza.

—Aquí hay un gran misterio, Mary Hughes, y yo estoy dispuesto a descifrarlo. —Deseo que lo haga, señor Burton.

—Jay —murmuró él, corrigiéndola.

Ella fue incapaz de sostener la mirada del periodista y se miró los zapatos. Jay alargó la mano y le cogió la barbilla levantándole la cara. Mary hizo un gesto de estupor al atreverse Burton a tocarla y le dirigió una mirada para que él dejase de hacerlo, pero Jay se quedó quieto.

—Es usted muy bonita, Mary Hughes.

—Señor Burton...

—Dígame, ¿por qué de pronto ha cambiado hacia mí?

—No le comprendo.

—Me comprende perfectamente. Usted me recibió ayer en su casa con ciertas reservas, y esta mañana usted es muy distinta a la de anoche. —Jay le soltó la barbilla para que ella pudiese contestar libremente.

Mary se humedeció el labio inferior con la punta de la rosada lengua y repuso:

—Sam me contó lo que usted hizo por él.

—¿Sí?

—Muy pocos hombres habrían hecho lo que usted, señor...

—Jay la atajó rápidamente.

—Jay —repitió ella, y bajó otra vez la mirada, pero luego la levantó rápidamente y prosiguió—: Usted se quedó aquí para evitar

que se cometiese una injusticia con Sam. Ni yo misma tenía tanta fe en él como usted.

—Están demasiado acostumbrados a aceptar las decisiones de sus prohombres.

Hablando de ellos, ¿qué le dijo el señor Campbell?

—Quiso saberlo todo, punto por punto, y yo se lo conté.

—¿Cuál es su opinión?

—Dice que Arthur Boyd no era mal hombre. Se divertía con él cada vez que le visitaba.

—¿Lo hacía con mucha frecuencia?

—No. Un par de veces al mes. Arthur Boyd le llevaba los recortes del periódico. De *El Centinela* y los de los diarios de Little Rock en que se incluía la publicidad de los negocios de Campbell.

Jay sacudió la cabeza mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Después de encenderlo y de arrojar una bocanada de humo, preguntó:

—¿Coincidió alguna vez con la visita de Arthur Boyd?

—Sí.

—¿Sorprendió algún diálogo fuera de lo común entre ellos? Ya me entiende, alguna cosa que entonces no le llamara la atención y que ahora tuviera su importancia.

La joven hizo un mohín de asombro.

—¿Qué es lo que cree, Jay? Aunque no me hace falta preguntarlo. Al parecer, usted sospecha también del señor Campbell. —¿Tiene algo en contra que opinar?

—Es absurdo.

Jay rió.

—Aquí no puede haber nada absurdo. No puede haberlo en una ciudad en donde está ya todo desorbitado. Quizá lo más absurdo sea lo más lógico.

—¿Matar Campbell a Arthur Boyd? —La joven arrugó el entrecejo y meneó la cabeza en sentido negativo—. ¡Oh, no!

—No he dicho que Campbell le asesinase por su propia mano. Pudo pagar a muchos hombres para hacerlo... ¿Le parece eso mejor?

—No, no lo puedo admitir.

—Escuche, Mary. Fíjese que la conocí anoche, he oído muchas cosas. Arthur Boyd llegó inopinadamente aquí desde Nueva Orleans.

Allí tenía un negocio de publicidad. Se preocupó bien de dejar sentado el motivo de su viaje, su salud resquebrajada. El doctor le había aconsejado un clima de montaña. Pero puedo asegurarle que esa enfermedad era completamente falsa. Había otra razón.

—¿Cuál?

—En cuanto lo sepamos habremos dado con el criminal, pero oiga esto. Apenas llegó aquí, consiguió la exclusiva de la publicidad de los negocios de Campbell en Rakesville y en Little Rock. Campbell estaba reñido con Alvin, el editor propietario de *El Centinela*. ¿Por qué de la noche a la mañana, un desconocido, Arthur Boyd, consigue tal contrato de Campbell? No es eso todo, aparte de lo de Campbell, no se le conoció otro negocio a Arthur Boyd, y después de hablar con Carol Martin, sé que su amante manejó mucho dinero durante los dos últimos años. Estoy seguro de que el contrato con Campbell no le podía proporcionar tanta abundancia de efectivo.

—¿Adónde quiere ir a parar, Jay?

—Todos mis descubrimientos señalan una misma cosa. Chantaje.

Hubo un silencio y luego la joven inquirió:

—¿Usted supone que Arthur Boyd chantajeaba al señor Campbell?

—Sí, eso mismo.

—¿Por qué?

—El chantaje se basa siempre en lo mismo. Alguien conoce el secreto de otra persona y obliga a ésta a pagarle a cambio de su silencio.

—¿Pero qué podría saber Arthur Boyd del señor Campbell?

—¿Quiere que se lo preguntemos al propio Campbell?

—¡Oh, Jay!, no es momento para bromear.

—Sí, ya sé que es una estupidez, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

La joven permaneció pensativa un rato y luego dijo:

—Por más vueltas que le doy, más inverosímil me parece esa hipótesis acerca de Campbell.

—Es lo más razonable. Campbell es el señor feudal de Rakesville. Todo el mundo ha de estar sometido a sus órdenes. Probablemente, el *sheriff* le debe el cargo y, por lo tanto, ha de cumplir de acuerdo siempre con las instrucciones del amo.

—Campbell no es ningún señor feudal, Jay. Es una persona educada, correcta y muy generosa.

—¿Puede criarse aquí esa flor? —murmuró Burton, sarcástico—. Si Campbell fuese como usted dice, ¿cree que iba a consentir las tropelías que se cometen en esta ciudad?

—Campbell vive en su mundo de la colina, ajeno a todo lo que pasa aquí.

—Pues debiera descender de su trono y darse una vuelta por el pueblo. Le vendría bien a él y a Rakesville.

—Está demasiado embebido en sus negocios y sus aficiones.

—¿Qué clase de aficiones tiene?

—Colecciona monedas. Y... —La joven se estremeció de pronto, cosa que no pasó desapercibida para Jay.

—¿Y qué más? —preguntó éste.

—Cuchillos, ya me entiende, dagas y toda clase de armas cortantes de las más diversas épocas.

—Y apuesto a que también sabe trinchar.

—Jay, por favor...

—Está bien —murmuró el joven dando un suspiro—. Tendremos que continuar nuestra investigación hasta ver si nos conduce a alguna parte, aunque lo dudo. He de hablar con ese Tommy y con los negros que estaban en el bar de Sidney para comprobar la coartada de Sam. Quiero conseguir su libertad aunque sea lo último que haga en mi vida... A propósito de Sam... ¿Cómo se encuentra?

—Fui a verle esta mañana, antes de ir a casa del señor Campbell. Estaba despierto y le he hallado estupendamente. El doctor Slocum le examinó la herida anoche en casa, antes de que el *sheriff* se lo llevase a la cárcel, y dijo que no era nada grave. Sam ha hablado conmigo incluso con buen humor.

—Lo celebro mucho.

—Le corresponde a usted todo el mérito, Jay.

—¿A mí?

—Usted le ha dado valor a ese muchacho. Anoche le expliqué por qué tenía que marcharse con el *sheriff*. Le dije que usted había empezado a trabajar para demostrar que él no era el culpable.

No se puede figurar la luz que iluminó sus ojos. Lo vi con mi propia vista.

Jay se frotó la nuca mientras fruncía el ceño.

—¡Buena la ha hecho! Si yo fracaso, ese chico va a perder su última esperanza.

—Ahora ya no puede fracasar. Comprobaremos su declaración y todo quedará bien.

—¿Cree que va a ser tan fácil?

—¿Por qué no?

—Ya conozco bien a Rakesville, Mary Hughes, pero de todas formas iremos a ver a ese Tommy —se miró el zapato roto—. Pero tendré que comprarme antes un par de zapatos. ¿Me acompaña?

Ella parpadeó unas cuantas veces un poco confusa, pero finalmente dijo:

—Sí; creo que le voy a acompañar.

—¿No ha ido nunca con un hombre de compras?

—En Rakesville, una mujer no puede ir de compras con un extraño.

—Una deliciosa ciudad —dijo él.

Echó a andar junto a Mary. Tenía que hacer un forzado movimiento con la pierna, como si cojease. Entonces, de pronto, cogió del brazo a Mary para apoyarse mejor y la joven levantó la mirada, más perpleja que nunca.

—Jay... Nos están mirando... ¿Qué es lo que van a pensar?

—¿Por qué entre usted y yo no empezamos a cambiar las cosas en Rakesville? —Burton sonrió—. ¿O es que me va a dejar todo el trabajo para mí solo?

La joven sonrió también y se mordió el labio inferior sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo. Luego empezó a mirar a las personas que había en las aceras y que se detenían para observar su paso. Por la comisura de la boca dijo:

—Creo que cuando usted se marche de aquí, me quemaran. Jay... Lo mismo que si fuese una bruja.

El la miró a la cara y repuso:

—No he conocido nunca una bruja tan maravillosa. Si tiene libre el asiento posterior de la escoba, avíseme.

La joven tosió repetidamente bajando la mirada al suelo.

Un poco más allá se detuvieron y ella dijo:

—Aquí puede comprar su par de zapatos, Jay.

Era el almacén de Sandy Dugal y Jay sonrió.

—Me parece muy bien.

Entraron los dos en la tienda. Sandy Dugal continuaba leyendo su diario. Levantó los ojos de la página y observe a los dos visitantes, primero a la joven, luego a él.

—Necesito un par de zapatos —dijo Jay—. Número cuarenta y cuatro, negros.

Sandy permaneció quieto unos segundos y luego fue a coger el periódico otra vez. Entonces, Burton alargó la mano y pegó un zarpazo en *El Centinela*, de Rakesville rasgándolo por la mitad.

Sandy levantó airado los ojos.

—¿Qué se ha creído usted? —inquirió.

—Es usted un comerciante, señor Dugal. Tiene un establecimiento abierto al público y yo soy una parte de ese público. Necesito un par de zapatos. ¿Me los da usted o los busco yo? Le aseguro que a ambos nos conviene que sea usted el que me los traiga.

El rostro de Sandy estaba lívido y su respiración era agitada. Pareció que iba a replicar, pero finalmente empezó a moverse. Se agachó y sacó una caja de cartón.

—Cuarenta y cuatro, negros —dijo.

Jay alcanzó la caja y se sentó en un banco de madera que había junto a la pared. Se descalzó los zapatos viejos y calzó los nuevos. Se puso en pie y recorrió dos pasos. Preguntó el importe y lo abonó. Inmediatamente, los dos jóvenes salieron fuera de la tienda.

—El simpático señor Dugal —murmuró Jay; Mary respiró profundamente.

—He pasado unos minutos de apuro. Creí que iba a tener otra pelea.

—Es lo bueno que tiene Rakesville. Apenas uno ha tenido un momento emocionante y se mete en otro. Podían utilizar un buen *slogan* para los amigos de lo truculento. Ya sabe, como en las películas de Frankenstein: «Visite Rakesville, pero absténgase si es cardíaco». Ella reía mientras decía:

—Celebro que no pierda el buen humor.

Y de pronto se detuvo la joven al ver que él continuaba cogiéndola del brazo.

—¿Le importa? —preguntó él.

Ella respondió con voz jovial:

—Es mi deber decirle que eso es peligroso en nuestra ciudad.

—¿Sí?

—Un joven tomó del brazo a una muchacha durante un paseo y, ¿sabe usted lo que ocurrió? El padre de la chica, sus dos abuelos y seis hermanos de su madre cogieron sus escopetas y se presentaron en casa del atrevido. El mismo día los dos jóvenes quedaron casados.

Jay hizo chasquear la lengua diciendo con voz engolada imitando a un *speaker*:

—«La agreste montaña y las fascinadoras costumbres de sus habitantes. No se lo pierda, al menor descuido puede encontrarse casado con una mujer robusta que le obsequiará con una numerosa descendencia».

Jay le soltó el brazo y ella anunció:

—Éste es el bar de Sidney.

Se encontraron ante un estrecho hueco y una puerta.

Dentro del local no había mucha luz.

—¿Estará Tommy aquí? —preguntó Jay.

—Sam me dijo que Tommy acostumbraba a estar a estas horas.

Pasaron dentro.

Había cuatro negros alrededor de una mesa y otro en la parte de dentro del mostrador. Los negros de la mesa interrumpieron su diálogo y volvieron las cabezas. El que atendía al negocio dejó de secar un vaso.

Jay y Mary hicieron un saludo que fue correspondido con voz queda. Luego, Mary hizo una señal a Jay y ambos avanzaron hacia la mesa.

—Hola, Tommy —saludó la joven a uno de ellos, de unos cincuenta años de edad, que mostraba una cicatriz sobre la ceja izquierda.

—¿Cómo está, señorita Hughes?

—Te presento al señor Burton.

—¿Cómo te va, Tommy? —dijo Jay—. Venimos a hablar contigo y con cualquier otra persona que se encuentre aquí y que ayer estuviese presente cuando Sam bebió un *whisky*, sobre las nueve y cuarto de la noche.

Los negros mantuvieron la mirada fija en el rostro del joven. En el estrecho local se hizo un profundo silencio.

—¿Qué dices tú, Tommy? —preguntó Jay.

Tommy bajó los ojos y tragó saliva.

—Pregunte a otros, señor Burton.

—¿Qué es eso de que pregunte a otros?

Tommy continuó con la cabeza gacha. De pronto, Jay alargó la mano y le cogió por el cuello de la camisa dando un tirón de él hacia arriba.

—Te encontraste con Sam en la calle Mayor anoche a las nueve. Vinisteis aquí y Sam no se marchó del bar hasta cosa de media hora más tarde.

El negro se humedeció los labios con la lengua mientras su respiración se hacía cada vez más entrecortada.

—¿Qué es lo que te pasa, Tommy? —intervino Mary Hughes—. ¿Por qué no dices la verdad?

Tommy volvió la cabeza hacia la joven y tragó nuevamente saliva.

—Yo no puedo... Quiero decir que no sé nada.

Jay hizo un gesto furioso.

—¿No sabes nada? —preguntó—. ¡Maldito cobarde!

Fue a golpearle con el revés de la mano en la cara, pero Mary le alcanzó la muñeca impidiéndoselo.

—Espere, Jay.

—¿Qué es lo que quiere, Mary?

—Hablaré con él.

—No conseguirá nada.

—Déjeme que lo intente.

—Está bien.

Jay soltó a Tommy de la camisa.

Mary dio un paso hacia el negro y dijo:

—Sam ha sido acusado de un crimen que no ha cometido, Tommy. Tú lo sabes bien, estaba contigo mientras asesinaban al señor Boyd.

Tommy bajó otra vez la mirada al suelo. Con voz débil murmuró:

—Tengo una mujer, señorita Hughes y cinco hijos, todos muy pequeños... Usted ya sabe lo que ocurriría si yo hablase.

Jay intervino con voz seca:

—No te va a ocurrir nada, Tommy.

—Usted es muy valeroso, señor Burton —respondió el negro,

mirándole—. Yo le admiro. Vi su pelea con Uxman y escuché también lo que decía al *sheriff*. El señor McHale le habría matado de no ser por la señorita Hughes. Yo estaba en la pared de enfrente y vi su cara, señor Burton. Sabía que pelearía y que no le importaba el que McHale tuviese un revólver en la mano. Y entonces supe una cosa, señor Burton. Que usted no tenía esposa ni tampoco hijos.

Se hizo otro silencio.

Jay hizo una mueca. Aquel negro tenía razón. Le dolía reconocerlo, pero era así. Tenía razón.

Cerró los ojos y apretóse las sienes con la mano izquierda.

—Vámonos, Mary. No tenemos nada que hacer aquí.

Los dos jóvenes dieron media vuelta y salieron fuera, a la calle.

CAPÍTULO IX

Echaron a andar por la acera, en silencio. Se movían con pasos cortos muy lentamente. De pronto una voz llamó:

—¡Señorita Hughes!

La joven y Jay volvieron la cabeza.

Burton vio al otro lado de la calle, junto al bordillo de la acera un automóvil negro último modelo. Un hombre asomaba la cabeza por una de las ventanillas.

—¡Es el señor Campbell! —dijo Mary con una exclamación—. ¡Venga conmigo, Jay! Tiene otra oportunidad. Hace un siglo que él no viene por el pueblo.

Cruzaron la acera y en ese momento un chófer uniformado salió de una pastelería portando un paquete. Dio la vuelta por la parte del motor y se puso ante el volante.

Jay oyó la voz clara de Campbell:

—Espere un momento, Peter.

Los jóvenes llegaron ante la ventanilla donde estaba Campbell. Jay le calculó unos cincuenta años de edad, aunque posiblemente pudiera tener más, pero estaba bien conservado.

Era carirredondo, de frente abombada, ojos grandes, un poco saltones, pero desprovistos de brillo, nariz aguileña y boca cuyo labio inferior se distendía demasiado hacia abajo. Se cubría con sombrero y traje negro, camisa blanca y corbata oscura.

—Señor Campbell —dijo Mary—. Estaba a punto de regresar a su casa. —La joven consultó su reloj—. Le toca su medicina a las doce.

—¡Oh, sí! —sonrió Campbell—. Pero me temo que tengamos que aplazar esa toma. Ocurrió algo imprevisto. Con esta lluvia, no de los pozos de las minas de cobre se anegó. Media doce y a de obreros han quedado bloqueados. Me lo comunicaron por teléfono hace media hora y quiero estar allí para vigilar el salvamento.

Campbell miró a Jay y entonces Mary le presentó:

—Es el señor Jay Burton —hizo una pausa—. El señor Louis Campbell.

—¿Cómo está, señor Campbell? —dijo Jay.

El magnate de Rakesville observó al joven escrutadoramente.

—Por las noticias que me llegan de usted, creo que es un hombre fuera de serie, señor Burton.

—Son exageraciones.

—En su caso creo que no lo son. Posee usted una voluntad indomable y, según esas mismas referencias, no se arredra por nada.

—Quizá mi profesión me ha hecho audaz.

—¡Oh, sí! Usted es periodista y de Nueva York. Ello es una garantía, ha de ser bueno —hizo una pausa—. Quizá me conviniese usted, señor Burton. Ya sabe, ahora me he quedado sin agente de Prensa.

—¿Me está ofreciendo la plaza?

—Naturalmente, tendríamos que hablar, pero no va usted descaminado.

—Tengo un buen sueldo, señor Campbell y, por lo que sé respecto a Boyd, él solamente era un anunciante de usted para *El Centinela de Rakesville* y algunos diarios de Little Rock.

—Está bien informado, pero con usted cambiarían las cosas. Le advierto que es la señorita Hughes quien me ha hablado de usted tan halagadoramente. Me impresionaron tanto sus palabras que esta noche le he estado dando vueltas al asunto. No me quedan muchas ganas de dedicarme a ciertos aspectos de mis negocios. La publicidad es uno de ellos. He pensado en un agente de Prensa que se encargase de la publicidad en todo el país —sonrió otra vez—. Estoy seguro de que, en esas condiciones, usted ganaría más conmigo que con su periódico.

—Es muy posible, señor Campbell.

—Bueno, ¿qué le parece si hablamos esta tarde sobre ello?

—El caso es que me encuentro en Rakesville por otro asunto, señor Campbell. Algo que me importa mucho solucionar. Jamás me ha gustado empezar otra cosa sin acabar antes la que tenía entre manos.

—Una buena norma —sonrió ahora a Mary Hughes—. No se equivocaba, muchacha.

La joven se ruborizó.

Campbell dijo:

—Supongo que el asunto al que usted hace referencia es el asesinato de Arthur Boyd y la detención de ese negro.

—Exactamente.

—¿Cree usted que el muchacho no es culpable?

—Estoy seguro de ello.

—Bueno, si usted está seguro, apuesto a que el asesino es otro. ¿Ve usted? Se ha ganado toda mi confianza.

—Pero Sam continúa en la cárcel y, al parecer, los testigos de su coartada no están dispuestos a echarle una mano diciendo la verdad. A la hora del crimen, Sam se encontraba en un bar cuya clientela se compone solamente de negros.

—¡Oh, sí! —Campbell se rascó una mejilla con el dedo índice. Permaneció pensativo unos instantes y agregó—: ¿Sabe lo que voy a hacer, señor Burton...? Antes de ir a la mina accidentada, voy a pasarme por la oficina del *sheriff*. Hablaré con el señor McHale. La señorita Hughes me ha informado con todo detalle acerca de las circunstancias del crimen.

—Sam se lo agradecerá.

—Creo que ganaremos todos. Usted habrá terminado ese asunto que le preocupa y entonces podremos hablar acerca de mi proyecto.

—Es usted muy amable, señor Campbell.

—¡Oh!, considéreme un egoísta. Dicen que siempre lo he sido. Por eso me acusan de encastillarme en mi mansión de la colina. Según la mayoría, a mí no me preocupa nada de lo que pueda ocurrir en Rakesville —sonrió irónicamente— y quizá tengan razón. Una vez que intervengo, resulta que lo hago por mi propia conveniencia. Estoy convencido de que usted será un hombre de gran valía para mí y no quiero perderle, señor Burton. Le espero esta tarde en casa. ¿A las cuatro?

—Muy bien, señor Campbell. Allí estaré.

—Hasta luego, Burton. Celebro haberle conocido. Adiós, señorita Hughes. Esté usted también allí a esa hora y, antes de entablar nuestra conversación de negocios, tomaré esa deleznable medicina... A las oficinas del *sheriff*, Peter.

El coche dio media vuelta, y cuando pasaba frente a los jóvenes, Campbell se inclinó sonriente mientras se llevaba la mano al ala del

sombrero.

Los dos jóvenes vieron alejarse el coche calle abajo.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó Mary.

—Estoy desconcertado.

—¿Por qué?

—Esa ironía, esa corrección, sus frases... ¿Es todo estudiado?

—¡Oh, no! Siempre es así.

—He conocido a muchas personas que solamente se comportan con naturalidad mientras duermen.

—Suponga que él habla con McHale y consigue la libertad de Sam, ¿qué es lo que va a hacer usted?

—Eso daría lugar a una extraña situación. El verdadero asesino continuaría suelto y yo quiero cazarle, Mary.

—Pero el señor Campbell cree que usted dejará todo como está para aceptar su empleo.

—Yo no he prometido nada. Le hablé de que no podía iniciar un asunto sin haber terminado el que me ocupa. Campbell ha hecho una interpretación particular de esas palabras. Pensó que yo me refería a que Sam quedase libre, y no es eso, Mary Hughes. Rakesville se ha apoderado de mí. No lo puedo remediar... He oído hablar a veces de los pueblos de la montaña y no exclusivamente de los de Arkansas, sino de otros estados. Escuché cosas increíbles, que me negaba a admitir. Pero ahora sé que son ciertas. Aquí no existe democracia, ni siglo xx.

—Tiene razón, Jay. Aunque sea doloroso para mí, debo reconocerlo.

Jay la miró y desfrunció el ceño.

—Siempre hay un porvenir mejor, Mary.

—Para los que estamos aquí no existe futuro.

El la tomó por los brazos mirándola serenamente al rostro.

De pronto se agachó y la besó en la boca. Mary abrió los ojos, asombrada.

—¿Qué es lo que ha hecho, Jay?

—La he besado.

—Poro..., pero..., no ha debido hacerlo.

—Yo lo deseaba, ¿y usted?

—Yo... ¡Me niego a contestar a su pregunta!

—Muy bien, Mary. Me contestará más tarde. Ahora tenemos

trabajo. Quiero ir a casa de Campbell y usted me acompañará.

—¿Ahora?

—Sí.

—Pero él dijo que estuviese a las cuatro. Faltan muchas horas.

—Necesito hablar pronto con mi jefe de Nueva York, y el único sitio desde donde puedo hacerlo es la casa del señor Campbell. Usted me tiene que ayudar.

—¿Qué es lo que se propone?

—Forma parte de nuestra cacería, Mary. No haga preguntas ahora y démonos prisa. ¿Cómo se llega hasta allí?

—Está a poca distancia, llegaremos en pocos minutos.

Abandonaron el pueblo, y siguieron por un camino que serpenteaba la colina. A ambos lados, había una doble hilera de árboles. De pronto los árboles se interrumpieron y apareció una gran extensión de césped. Al fondo, sobre lo alto del monte, Jay se quedó asombrado al ver una casa de imponente aspecto, toda ella de piedra blanca.

—¡Infiernos! —exclamó—. El señor Campbell se gastó el dinero en grande para hacer su nido.

—Lo construyó hace quince años. Hizo traer las piedras y el arquitecto de Italia.

—¿No está casado el señor Campbell?

—No. Su primera esposa murió y no se volvió a casar.

—¿Hijos?

—Ninguno.

—Caramba, ¿y qué va a ser de su fortuna?

—Existe un sobrino que se hará cargo de todo, cuando Campbell muera. Al parecer es un cabeza rota.

—Siempre ocurre lo mismo.

Llegaron ante una reja de hierro forjado que estaba abierta. Siguieron por un jardín bien cuidado, y más tarde subieron por una escalinata deteniéndose en el pórtico. Mary apretó un timbre y de dentro de la casa llegó un agradable campanileo que duró cosa de cinco segundos.

Un seco mayordomo abrió la puerta.

—Hola, Ben —saludó la joven—, el señor Burton es un amigo.

El mayordomo saludó protocolariamente y los dos jóvenes entraron en la casa. —Ven conmigo, Jay— dijo Mary mientras

cruzaba el gran vestíbulo. Al fondo nacía una escalera en semicírculo que conducía a las habitaciones superiores. Había muchas columnas blancas, una costosísima araña central y las paredes estaban cubiertas de cuadros, sobre cuyas telas se notaba el paso del tiempo.

Mary se detuvo ante una gran puerta y se volvió. Ben había ido detrás de ellos silenciosamente.

—No te necesitamos. Ben.

—El señor Campbell se marchó y dijo que no regresaría hasta dentro de dos horas —anunció el mayordomo.

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—Ya lo sé, Ben. Gracias.

El mayordomo miró durante unos instantes a Burton y, finalmente, cruzó el vestíbulo alejándose hacia las habitaciones del servicio.

Mary abrió la puerta, y Jay entró tras ella en una biblioteca. La pared de la derecha estaba cubierta de libros, pero en el fondo refulgía una vitrina en cuyo interior se mostraban las dos aficiones; de Campbell como coleccionista. Monedas y cuchillos. A la izquierda se alzaban dos grandes ventanales por los que se filtraba la luz procedente del jardín.

Jay observó el teléfono que había sobre la mesa. Era de tipo moderno aun cuando careciese de disco numérico.

—Supongo que comunica directamente con la centralilla.

—Sí. Anna, la telefonista, siempre está atenta a la llamada del número uno de Rakesville.

—Muy bien. El número uno va a llamar a Nueva York. Pida una conferencia con Don Goldman, edificio Claringston. Dígle a la telefonista que es urgente, que espera sin colgar. Cuando oiga Nueva York ocuparé su lugar.

Mary descolgó.

—¿Anna? Necesito una conferencia urgente ahora mismo con Nueva York... Don Goldman, edificio Claringston.

Transcurrió un minuto.

Alargó el auricular rápidamente hacia Jay y éste lo tomó:

—¿Viejo?

A sus oídos llegó la voz fiera de su jefe.

—¡Infiernos! Jay... ¿Qué es lo que haces aquí todavía...?

¡Deberías estar volando hacia el Canadá!

—No te acalores, viejo, o te subirá la tensión. Escucha bien esto. He hincado el diente a un buen asunto. Los artículos acerca de los antiguos pioneros serán buenos, pero esto de ahora te ocupará la primera página durante algunos días.

—No me digas que has descubierto otra nueva Marilyn Monroe... ¡Tú y tus mujeres...! Escuché la voz de una de ellas.

—Escucha, Don. Tienes que ayudarme. Te aseguro que esto es dinamita. En estos momentos me juego el pellejo. Estoy en Rakesville, un lugar peor que el Chicago de Al Capone. Necesito, antes de una hora, todos los informes que puedas conseguir acerca de Arthur Boyd. Se dedicaba a la publicidad en Nueva Orleáns hasta hace un par de años. De pronto hizo el equipaje y se vino aquí, donde prosiguió su trabajo como agente de publicidad.

—¿A quién demonios crees que le importa en Nueva York las andanzas de un pueblerino agente de publicidad? ¿Te encuentras bien. Jay?

Burton hizo un gesto de impaciencia.

—¡Por lo que más quieras, viejo...! ¡Los segundos son preciosos! Es posible que estén escuchando nuestra conversación... He tenido que venir a la casa donde me encuentro para hablarte, porque estoy bloqueado... La próxima vez tendrás que llamarme tú y ha de ser antes de una hora. ¡Quiero ese informe!

—¿Sabes lo que te digo...? ¡Sal de ahí ahora mismo!

—No puedo. El hombre de quien quiero esos informes ha sido asesinado. Le trincaron con un cuchillo. Me han intentado matar y creo que seguirá corriendo la sangre por algún tiempo, a menos que yo lo impida.

—¡Eso lo vi yo el otro día en un serial de televisión! ¡Estás perdiendo facultades, Jay!

Burton se pasó la mano libre por la cara.

—¡No puedo hablar más, viejo! Eso es todo. Espero aquí, dentro de una hora, tus noticias sobre Arthur Boyd... No podré esperar más del tiempo que te digo. Todo lo que haya, por insignificante que te parezca, comunícamelo. Y si quieres verme otra vez vivo, ¡haz el trabajo!

—¿Una hora? ¡Tú estás loco!

—Puedes hacerlo, Don, yo lo sé. Y si inviertes más de ese tiempo

ahórrate la conferencia, pero, por favor, envíame una corona de crisantemos. Quiero tener un recuerdo de los amigos. Corto.

—¡Eh, Jay...! ¡Espera!

Pero Burton puso el auricular en la horquilla, sacó un cigarrillo y lo encendió. A través de una nube de humo miró a Mary y dijo:

—Supongo que Anna habrá estado escuchando.

—Jamás lo hace cuando se habla desde esta casa.

—Pero si sabe que el señor Campbell no está aquí puede sospechar algo. ¿Por quién está mediatizada?

—La colocó como telefonista el *sheriff*.

—McHale, ¿eh...? Siempre McHale, el hombre inevitable. Debí suponerlo.

—Pero ya le he dicho que cabe en lo posible que no haya escuchado nada.

—Esperémoslo.

Jay se metió las manos en los bolsillos y acercóse a la ventana mirando al jardín a través de los cristales. Mary se aproximó por detrás.

—Es aquí donde paso la mayor parte de las horas, cuando estoy en esta casa —murmuró.

Jay la miró sonriente.

—Usted y su pequeño mundo. ¿Ha pensado alguna vez salir de él?

—Sí, muchas veces, pero me he acostumbrado a la idea de que eso es solamente un sueño.

—¿Por qué?

—Dependo del señor Campbell.

—Con su título de enfermera ha podido ir a cualquier parte del país.

—Tuve miedo.

—¿Miedo a escapar de esta vida de tinieblas?

—Imaginé que en otras partes encontraría los mismos hombres.

—No, Mary. Es posible que en la ciudad haya tanta maldad como puede existir aquí, pero hay también mucha gente buena y, si uno quiere, puede vivir a plena luz. Sin odiar, con el corazón limpio.

—Supongo que ahora es posible... Después de conocerle a usted.

El la tomó de nuevo por los brazos, atrayéndola hacia sí. Sus

bocas se encontraron y el beso fue largo. El se separó unas pulgadas de Mary y dijo:

—Pensé que no me iba a ocurrir esto.

—¿El qué?

—Que me pudiera enamorar en el infierno.

—Jay...

—Es la pura verdad. Te quiero.

Los ojos de Mary se empañaron de lágrimas y mordióse el labio inferior. De pronto echó los brazos sobre el cuello de Burton.

—Oh, Jay... Abrazame fuerte.

El joven la apretó contra sí con todas sus fuerzas y la besó en la boca. Permanecieron un rato así, en silencio, alejados de la tierra y de los demás seres. Luego se separaron y ella le habló de su infancia, de sus padres y de todo lo que le había ocurrido en Little Rock, cuando estudió el curso de enfermera bajo la protección de Campbell Jay la escuchó en silencio y luego ella sonrió, preguntando:

—¿Y tú, Jay? ¿Cuál ha sido tu vida?

—Lo mío es mucho más vulgar. Tengo mis padres. Viven en una pequeña casa de Newport, cerca de Nueva York. Me gradué en Derecho en la Universidad de Columbia, pero no llegué a ejercer la carrera. De pronto me invadió el morbo del periodismo. Empecé a colaborar con algunos periódicos. Luego, Corea, donde estuve dos años luchando. A mi licenciamiento entré en el *Star*. A partir de entonces no he dejado de trabajar, aunque es algo que no me ha importado...

Guardaron silencio durante unos instantes. Mary frunció el ceño preocupadamente.

—¡Oh, Jay! Por unos momentos lo he llegado a olvidar. Continuamos en Rakesville... Y aquí está McHale.

—Ese hombre no te va a hacer ningún daño, Mary. Tú vas a venir conmigo.

—Aunque todo saliese bien, él no consentiría que yo te acompañase.

—Tendrá que pasar por ello.

—Será capaz de cualquier cosa.

—Yo también, nena.

—Lo sé, Jay. Y eso es lo que más temo. Si por mi culpa...

El teléfono empezó a sonar interrumpiendo a Mary.

CAPÍTULO X

—Cógelo tú —dijo Burton—. Si es de Nueva York, dámelo en seguida.

La joven se acercó a la mesa y tomó el auricular.

—Casa del señor Campbell... Sí, aquí está. Ahora se pone.

Jay tomó el micro.

—¿Viejo? Sabía que no me fallarías. Recuerda que te invite a una gran tarta de helado. —¡Déjate de historias! No sé qué clase de asado tienes ahí, pero no me gusta, Jay.

—¡Desembucha de una vez!

—Está bien. Escucha atento. No lo repetiré. Ya estás costando demasiado dinero al periódico. —Goldman hizo una pausa y agregó —: Arthur Boyd, alias Clarence Kelly, alias Normand Wren, procesado trece veces, condenado cinco. Su especialidad, robos y asaltos. Su condena más larga fue de cinco años en Sing-Sing.

Acusado de participar en el robo a la joyería Stephane de Nueva York. Hecho que ocurrió en el año novecientos treinta y ocho. Los ladrones, cuatro en total, se llevaron un millón y medio de dólares en joyas. El botín nunca fue hallado. El jefe de la banda era Raymond Gridley. Arthur Boyd, que entonces utilizaba el nombre de Clarence Kelly, fue atrapado un par de meses más tarde en Miami. Tenía un par de miles de dólares en el bolsillo. No sabía nada de su jefe. Según él les había dado plantón. Ignoraba igualmente el paradero de los otros dos compinches que se habían lanzado en busca de Gridley por todo el país. En el año mil novecientos cuarenta y uno, en Pearl Harbour, un herido por el bombardeo de los japoneses confesó ser Leo Murphy, uno de los autores del atraco a la Stephane. Había ingresado como voluntario en la Infantería de Marina. Falleció pocas horas después de su declaración. En mil novecientos cuarenta y siete, un hombre murió

en una riña callejera.

Identificado, resultó ser Luke Minielli, el tercer asaltante de la joyería Stephane. Así pues, si ahora ha muerto Arthur Boyd, nada más queda Gridley, el jefe, el que se llevó el botín.

—¿Tienes ahí la descripción de Gridley?

—Sí.

—Lárgamela.

—Talla, uno setenta, complexión fuerte, cabeza grande, cabello muy rubio, brillante y ensortijado, cejas al pelo, ojos verdosos. Sufrió dos condenas antes de dar el golpe a lo de Stephane. Una de sus características es la de hablar muy poco. Se le considera como hombre peligroso. Eso es todo.

—Gracias, viejo.

—Eh, Jay. Espera. Ahora te toca a ti. Abre el grifo.

—No puedo, Don. He de darme mucha prisa. Te hablaré esta noche.

—¡Maldita sea! ¿Quién te has creído que eres...? Tuve que volver locos a una docena de personas para conseguir los informes.

—Siempre dije que eres único, viejo. Escucha, no salgas esta noche de tu despacho y ten la máquina a punto. Quiero toda la primera página.

—¡Y un cuerno!

—Escucha, viejo. Es cosa tuya, pero si no me reservas la primera plana serás el hazmerreír de toda la Prensa de Nueva York. Hasta luego.

—Eso me pasa a mí por tener un corazón demasiado débil —rezongó Goldman. Jay soltó una risita y colgó. Luego cogió de la mano a Mary y avanzó presuroso hacia la puerta.

La joven tuvo que correr para seguirle.

—¿Qué es lo que te ha dicho tu jefe?

—Lo sabrás después. Hay cosas que es preferible que ignore una mujercita como tú.

—¡Oh, no, Jay!

El se detuvo, la estrechó por la cintura y la besó en los labios. Luego dijo:

—¿Por qué no empiezas a obedecerme? De esa forma, cuando sea tu marido, no te pillaré de sorpresa.

No le dejó tiempo a reaccionar, porque la tomó otra vez de la

mano llevándola consigo.

Desanduvieron el camino hacia el pueblo.

Llegaron a la calle Mayor y de pronto se detuvieron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Jay, observando que en aquella parte de la calle no había nadie.

—Es extraño —murmuró Mary, Jay desvió la mirada hacia el norte. Desde aquel lugar podía ver el cobertizo que el dueño del Hotel Roma había habilitado para cochera. ¡Y dentro estaba su «Buick»!

—¡Vamos! —exclamó y echó a andar tirando de Mary como antes.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, jadeante.

—A casa de Carol Martin.

La puerta del jardín estaba abierta de par en par y la de la casa entornada. Jay empujó ésta. Apenas dieron unos pasos dentro se detuvieron y Jay sintió que la sangre se le helaba en las venas. En el *living* había tres personas y una de ellas estaba muerta.

McHale se hallaba de pie y sus ojos parecían dos rendijas mientras observaba fijamente las manos cogidas de los dos jóvenes. A su lado, Sandy Dugal comprimía los labios.

La muerta era Carol Martin. Estaba boca arriba mostrando sus esbeltas piernas. El vestido de punto, a la altura del pecho, estaba manchado de sangre.

Jay observó la herida y se dio cuenta de que también la habían matado de una cuchillada, lo mismo que a Arthur Boyd.

Sintió cómo la mano de Mary Hughes presionaba la suya fuertemente.

—Al fin apareció, ¿eh, Burton? —dijo McHale con voz que sonó ronca.

Jay se desembarazó de la mano de Mary Hughes y se acercó al cadáver sin dejar de observarlo. Detúvose y con los labios trémulos murmuró:

—Te juro que lo va a pagar, muchacha.

McHale soltó una risita.

—Eso es algo que va a ocurrir en seguida.

Jay levantó la mirada, depositándola en el rostro irónico del *sheriff*.

—¿Sabe ya quién es. McHale?

—¿Usted qué cree?

—¡Lo celebro por Sam!

—No, señor Burton. No lo celebre todavía. Sam es nuestro hombre, justo el tipo que han de linchar.

—¿Qué está diciendo? Sabe tan bien como yo que Sam no es el criminal. El estaba en la cárcel cuando Carol Martin fue muerta.

—Se equivoca otra vez, señor Burton. Sam estaba libre. Eso es algo que tenemos que agradecer a usted. Se las arregló para convencer al señor Campbell y él vino a mi oficina y me rogó que abriese las puertas de la celda a Sam. Naturalmente, tal como se habían puesto las cosas, no tuve más remedio que acceder. ¿Y qué es lo que ha pasado? En cuanto Sam se vio libre, completó su obra. Vino aquí porque Carol Martin se había convertido en una obsesión para él. Por esa razón había matado a Arthur Boyd, pero ahora la señorita Martin le quiso despedir con cajas destempladas y Sam se negó.

Hubo una larga pausa. McHale prosiguió diciendo:

—Es lo que consiguió con haberse quedado, Burton. Ha dado Jugar a que se cometa otro crimen. No ha hecho más que intrigar desde que llegó. Ahora me arrepiento de no haberle sacado de este pueblo a puñetazos, pero no pierdo la esperanza de hacerlo. Le voy a conceder su última oportunidad. Márchese, pero hágalo ahora mismo, sin vacilar.

Jay le miró a los ojos.

—Me voy a ir pronto, McHale. Y ya puede asegurar que no volveré a poner los pies en Rakesville.

—Eso está bien —sonrió McHale.

—Aún no he terminado. —Jay hizo una mueca feroz—. Antes de marcharme, el verdadero criminal tendrá motivos para arrepentirse.

—Sigue empeñado, ¿eh, Burton? Al parecer, ese Sam estaría matando a gente durante días y usted le seguiría defendiendo.

Sandy Dugal dejó oír su voz.

—Burton ha tenido la culpa, McHale. Valdría la pena que le linchasen junto con el negro. Harían una buena pareja.

La respuesta de Jay saltó por entre sus dientes.

—¡Usted y su miserable odio...! ¡Sólo son capaces de hacer eso, odiar...! ¡No viven para otra cosa, pero óigame esto, McHale! ¡Le juro que si linchan a ese negro usted tendrá que atenerse a las

consecuencias!

—¿Intenta amenazarme?

—Sí, McHale. Es una amenaza.

El *sheriff* puso una mano sobre la culata del revólver y dio un paso hacia Jay. Éste se mantuvo firme.

De pronto alguien entró en la casa, un tipo larguirucho, de mentón cuadrado y nariz muy fina. Mostraba una escopeta en la mano. Se detuvo jadeante y exclamó:

—¡*Sheriff*...! ¡Sam se ha vuelto a escapar! Fuimos a su choza, pero alguien le debió avisar.

El pecho de McHale se agitó convulsivamente. Miró al recién llegado y luego volvió la cabeza bruscamente hacia el periodista y gritó furioso:

—¡Esta vez, Sam caerá aunque tenga que ir a buscarle al infierno!

El larguirucho agregó:

—Sabemos que ha huido hacia el Monte Perdido. Hills y Donald han ido por los perros.

Los demás se han quedado en la choza de Sam. Somos en total unos treinta. ¿Va a venir usted con nosotros, *sheriff*?

McHale apartó los ojos de Burton deteniéndolos en el rostro de Sandy Dugal.

—Quédate aquí, Sandy. Te hago responsable de lo que ocurra.

Sandy Dugal metió la mano en el bolsillo interior de la negra chaqueta y sacó un revólver.

—Descuide, *sheriff*. Aquí no va a pasar nada, a menos que alguien se empeñe en que yo le largue una bala.

—¿Significa eso que estoy detenido, *sheriff*? —preguntó Jay.

—Eso mismo. Y no se va a mover de aquí. Usted tendrá que responder a muchas preguntas cuando hayamos liquidado lo de Sam. Le juro que va a desear no haber conocido a Rakesville.

Luego, McHale hizo una señal al hombre que estaba en el vestíbulo y ambos salieron de la casa cerrando la puerta.

Mary Hughes se acercó a Jay y le puso una mano en el brazo.

—¡Oh, Jay! Esto es el final.

Burton clavó la mirada; en el rostro de Sandy Dugal mientras murmuraba:

—Lo va a ser para muchos.

Sandy Dugal no dijo nada. Estaba de pie apuntando con el revólver al estómago de Burton. Sus labios se distendieron en una sonrisa sarcástica.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Jay.

—Claro que sí —dijo Sandy—. Esté cómodo mientras pueda.

Jay se sentó, pero la joven quedó en pie. Entonces el periodista dijo:

—¿Por qué no me das un poco de *whisky*, Mary? Hay una botella en el mueble bar del rincón.

Mary miró a Jay con las cejas enarcadas y él le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Prepara otro vaso para mi Mary —dijo Sandy—. Brindaré con el señor Burton. Mary preparó dos vasos de *whisky* y dejó uno en la mesa ratona, al alcance de Sandy. El otro lo alargó a Jay. Éste se inclinó hacia delante para tomarlo justo en el momento que Sandy extendía la mano para alcanzar el suyo.

Jay cogió su vaso y de pronto, arrojó el *whisky* contra la cara del tendero. Al mismo tiempo que saltó.

Sandy recibió la ración de *whisky* en la cara y apretó el gatillo al tiempo que lanzaba una maldición, pero Jay se había contorsionado en el aire y después de sentir el silbido de la bala, chocó contra Sandy. Los dos rodaron por el suelo. Jay sabía que un segundo de vacilación le podía costar la vida, pero, al primer intento, logró atrapar la muñeca armada de Sandy y después de dar dos vueltas él quedó encima. Rápido como una centella le descargó un terrible puñetazo en la mejilla. Sonó un restallido y Sandy lanzó un estertor y quedó inmóvil.

Jay guardó la pistola en el bolsillo y se levantó.

Mary Hughes corrió a su lado.

—Oh, Jay... Ahora tenemos nuestra oportunidad...
Marchémonos de aquí.

Salieron de la casa y echaron a correr por la acera de la desierta calle. Pasaron frente al Hotel Roma y la joven se desvió hacia el coche, pero él, que la llevaba cogida por la muñeca, tiró de ella para variar de dirección.

—Ahí está tu coche, Jay.

—Ya lo sé, pero eso vendrá después.

—No te comprendo.

—No tengo las llaves de contacto. Se las di a Carol Martin.

—Entonces volvamos a su casa.

—No, pequeña. Voy a liquidar este asunto.

Jay empujó las batientes hojas del local del Cranston. Dentro no había ningún cliente, pero el dueño. Cranston, se encontraba detrás del mostrador, acodado a éste, leyendo un diario.

Levantó la mirada depositándola en los jóvenes.

Jay dejó libre a Mary Hughes y se acercó a la parte del mostrador tras la que se hallaba Cranston.

Se produjo un silencio.

—No ha querido participar en la caza, ¿eh, Cranston? —murmuró Jay.

—Usted entiende poco las cosas, forastero. Ya le di a entender esta mañana que no quería verle la cara.

—Hay mucha gente aquí que no me quiere ver la cara. Quizá por eso es por lo que me he quedado. Siempre me ha gustado conocer el porqué de las cosas.

—Es una pena que sea tan testarudo. Los hombres se buscan corrientemente la ruina porque ellos mismos la traen sobre su cabeza.

—Es lo que ocurrió a Arthur Boyd, ¿verdad, Cranston? El se atrajo la ruina sobre su cabeza porque fue demasiado ambicioso. No se conformó con poco, y quiso más.

—Es como si me hablase en chino.

—Usted sabe a qué me refiero.

Cranston lanzó una risita.

—Ahora lo voy comprendiendo, Burton. Usted está grillado, ya me entiende, mal de la azotea.

—Se equivocó en una cosa, amigo. No debió asesinar a Carol Martin.

—¿Que es lo que dice? —Cranston miró a Mary Hughes—. Este tipo está completamente chiflado.

—Arthur Boyd no le había dicho nada a Carol Martin acerca de la fuente de sus ingresos —prosiguió Jay—. ¿Se da cuenta? Ha asesinado a una persona inocente.

—¡Márchese, Burton...! ¡Márchese ahora mismo!

—¿O qué, Gridley?

CAPÍTULO XI

El rostro de Cranston empezó a empalidecer.

—Mi nombre es Cranston.

—Eso es aquí, para los ciudadanos de Rakesville, antes fue Raymond Gridley, justo cuando fue asaltada la joyería Stephane de Nueva York. Estoy al corriente de todo, Gridley. Usted se rapó la cabeza, pero hay cosas que no se pueden cambiar. Usted sigue teniendo uno setenta de talla y es de complexión robusta, tiene cabeza grande, su corto cabello y sus cejas son rubias y sus ojos son verdosos. Es la descripción que recibí por teléfono desde Nueva York hace unos instantes y corresponde a Raymond Gridley.

Gridley, alias Cranston, se humedeció los labios con la lengua. Sus ojos parpadearon sin cesar y su respiración se hacía por momentos más agitada.

Jay prosiguió, golpeando implacable sobre caliente:

—Arthur Boyd se ganaba la vida en Nueva Orleáns como agente de publicidad. Es una profesión buena para un hombre que está buscando a otro. Le ayuda a relacionarse y un día u otro, aunque tarde años, su paciencia resulta recompensada. Es lo que le ocurrió a Arthur. Después de mucho esperar, fue informado acerca de la dirección de un hombre. Vivía en Rakesville y se hacía llamar Douglas Cranston. Los dos habían sido socios en un negocio. Concretamente, en un asalto de un millón y medio de dólares. Arthur Boyd vino aquí y se presentó a usted y empezó a ordeñarle. Usted no tuvo más remedio que pagar. Naturalmente, no tenía dinero efectivo, lo que guardaba eran las joyas, a las que no había podido dar salida. Arthur Boyd le chantajeaba a usted recibiendo el pago en mercancía, pulseras, broches... El iba de vez en cuando a Little Rock, donde había conseguido un hombre de su confianza que le pagaba buenos dólares por su género.

Cranston hizo, por fin, explosión:

—Está bien, maté a Arthur Boyd, pero no a Carol Martin... Sólo a él... No podrán condenarme a la silla.

—No le vale, Gridley. Usted también mató a Carol.

—¡No!

—Sí, Gridley. Tuvo un fallo. Arthur Boyd había regalado un broche del botín a la muchacha. Cuando ella se preparó para marcharse esta mañana lo llevaba puesto. Usted la mató y no quiso dejar la joya sobre el cadáver. ¿Se da cuenta? Por ello cuando vi a Carol tendida en el suelo supe que era usted. Usted no podía dejarla marchar. Pensó que, indudablemente, Arthur Boyd le había contado a ella la historia, e imaginó también que Carol se largaría de Rakesville porque tal vez tuviera miedo, pero en cuanto encontrase un hombre, volvería para seguir chantajeándole.

Pequeñas gotas de sudor perlaban el rostro de Gridley.

De pronto empezó a mover el brazo y Jay supo que se disponía a sacar una pistola. Rápidamente, el periodista metió la mano en el bolsillo y sacó el revólver que le había quitado a Sandy Dugal.

Gridley miró con la boca entreabierta y ojos desorbitados al joven.

—¡No haga eso, señor Burton! Le puedo ofrecer la gran oportunidad de su vida —se mordió el labio inferior—. Arthur Boyd nada más se llevó unos cien mil dólares en joyas, aunque solamente le pagasen treinta mil... El botín está casi completo... ¿Se da cuenta...? ¡Un millón y medio de dólares!

—Salga de ahí. Gridley y no intente nada.

—¡Le daré la mitad!

—No se canse. Va a rendir cuentas por la muerte de Carol Martin y por todo lo demás. Gridley se detuvo unos instantes y luego salió del mostrador arrastrando los pies como si súbitamente hubiese envejecido.

Jay preguntó:

—¿Cuánto le pago al *sheriff*?

Gridley se volvió hacia él.

—No le comprendo.

—No he creído eso de que tiene el botín completo. Ha debido pagar bien a McHale para que le proteja. ¿Cuánto, Gridley?

Gridley sacudió la cabeza y, finalmente, dijo:

—Doscientos mil.

—Así que, a usted le debe quedar un millón.

—Sí, pero hubiera sido por poco tiempo. McHale me pidió esta mañana quinientos mil.

Sabía que yo iba a matar a Carol.

Jay apretó furioso los dientes.

McHale había consentido la muerte de Carol. Se sintió poseído por una creciente furia. Y de pronto recordó que en aquellos instantes, el *sheriff* y una pandilla, sedientos de sangre, estaban persiguiendo al inocente Sam.

—Vamos. Gridley. ¿Dónde tiene el botín?

—Arriba, en mi habitación, bajo unas tablas.

—¿Lo sabe alguien más aparte de McHale?

—No, nadie.

—Está bien, Gridley. Iremos directos a la oficina del *sheriff*.

Miró a la joven, que había permanecido casi durante toda la escena en silencio.

—¿Habrà alguien allí, Mary?

—Siempre está uno de los ayudantes de McHale.

—¿Hay alguno de confianza?

—Michael, es un buen chico y le gusta su oficio. Es una persona digna de confianza. Salieron a la calle y, minutos más tarde, llegaban a la oficina. Mary abrió la puerta y pasaron al interior. Tal como Mary había dicho, Michael estaba dentro. Era un joven de unos veintidós o veintitrés años, de rostro simpático y ojos muy azules. Se quedó asombrado al ver aparecer a Cranston seguido por el periodista, que mostraba el revólver en la mano.

—No hay tiempo para que le dé explicaciones —dijo Burton al ayudante—. Mary quedará aquí para hacerle un relato de todo lo ocurrido. Este hombre es un asesino. Mató a Arthur Boyd y a Carol Martin. Me tengo que marchar ahora mismo para impedir que un pueblo enfurecido linche a ese pobre negro.

Michael sacudió la cabeza.

—Le pedí al *sheriff* que me dejase aquí porque no quería participar en la caza de ese hombre. Tenía el presentimiento de que él no era el culpable. De todas formas, quiero oír la historia.

—Encierre primero a este hombre en una celda. —Jay se acercó a Mary—. ¿Por dónde cae Monte Perdido?

—Al sur del pueblo, pero no debes ir solo —dijo ella, con un

temblor en la voz.

El le cogió la barbilla.

—No te preocupes, ahora todo va bien —le dio un beso suave y salió de la oficina. Echó a andar por la calle y se maldijo por no haber buscado las llaves de contacto en casa de Carol Martin.

Iba por el centro de la calzada cuando por uno de los laterales apareció un desvencijado coche que frenó bruscamente para no atropellarle. Lo conducía una mujer que soltó una imprecación.

—¡Eh, usted! ¿Es que no tiene ojos en la cara?

Era robusta y sonrosada.

—¿Dónde va, señora? —preguntó.

—A mi casa.

—¿Hacia el sur?

—Sí. ¿Qué es lo que pasa? ¿Vio algún fantasma?

—Necesito ir allá. ¿Me lleva? Le pagaré cinco dólares.

La mujer soltó un salivazo.

—Si Patricia Carson acepta alguna vez dinero por llevar a un pasajero será señal de que el mundo empieza a disolverse. Vamos, suba, forastero.

Jay subió al coche y el motor pegó dos ronquidos y arrancó.

—¿Qué es lo que se trae entre manos? —preguntó la mujer.

—Voy a liquidar cuentas.

—¿Con quién?

—Con su *sheriff*.

—No me diga —la mujer le miró sonriente—. ¿Es cierto...? ¡Diablos, usted tiene que ser un tipo muy duro para atreverse a eso! Desde que conozco a McHale, y hace muchos años de ello, no ha habido quién le tosa.

—¿No podría ir más aprisa?

—Claro que sí, muchacho. A todo gas. Una ocasión así lo merece.

El coche aumentó su velocidad.

—¿Sabe una cosa, Patricia? Es usted una de las pocas personas simpáticas que he encontrado en Rakesville.

—Ya comprendo, es de los que creen que todos los montañeses son iguales. Y no se da cuenta de algo. Rakesville no es un pueblo horrible, lo ha sido desde que tenemos a McHale. Todos, uno u otro, hemos tenido que sufrir alguna de sus humillaciones. Eso crea

odios, ¿sabe? Una vez cayó en mis manos un papelucho en donde se hablaba de que el odio engendra odio. Eso es lo que pasa en Rakesville, y McHale tiene la culpa de todo. No es que quiera yo decir que, cuando desaparezca él todos seremos unos santos, pero le aseguro que Rakesville será otro... ¡Animo, muchacho! ¡Y atícele!

Al cabo de diez minutos la mujer detuvo el coche en un camino polvoriento. Señaló con la mano un monte que había a la izquierda lleno de pinos.

—Ahí lo tiene. El Monte Perdido.

Se oyó un ladrido a lo lejos.

—Sí, no hay duda —dijo Jay saltando fuera.

—Me esperaré aquí por si me necesita. Ya sabe, puede arrepentirse.

—No me voy a arrepentir.

—Bravo, muchacho. Pero de todas formas me quedaré. Quiero saber el final.

—¿Dónde puede esconderse por aquí un hombre que ande perseguido?

—Justo en aquella ladera que ve a la izquierda. En lo más alto hay una cueva que va a salir a la otra parte de la montaña. Creo que tiene dos millas de larga. Pero, si el tipo que sigue se ha metido ahí, no tendrá probabilidades. McHale se habrá encargado de ponerle una buena guardia a la otra parte.

—Gracias —dijo Jay, y le hizo un saludo con la mano.

Se adentró en el monte imprimiendo velocidad a sus piernas.

Poco después jadeaba y su cuerpo estaba cubierto de sudor, pero no se concedió descanso. La vida de Sam dependía enteramente de él.

Oía cada vez más cerca los ladridos de los perros. Se apartó del sendero y trepó por las rocas saltando de un lado a otro para atajar camino. Hacía ya veinte minutos que estaba subiendo cuando vio la entrada de la cueva, pero allí había cinco hombres sujetando los perros. Casi todos estaban armados. Entre los componentes del grupo no vio a McHale.

Echó a andar y un hombre le descubrió.

—¡Eh, miren quién está ahí! ¡El forastero!

Jay levantó el revólver y avanzó apuntando al grupo. Con voz seca dijo:

—Es posible que algunos de ustedes me vuele la cabeza, pero les juro que me llevaré a dos o tres por delante.

Se hizo un silencio. En un principio pareció que los montañeses iban a empezar a disparar, pero luego titubearon observando el revólver que esgrimía Burton.

Jay llegó ante ellos y preguntó:

—¿Dónde está McHale?

—Dentro —anunció un tipo con voz carrasposa.

—¿Solo?

—Sí. Nos dijo que esperásemos a que él sacara al negro.

Jay se mordió el labio inferior. Conocía bien al *sheriff*. Se había adentrado en la cueva sólo para asesinar impunemente a Sam. Luego diría que el negro le había atacado.

—Escuchen, amigos. Continúen aquí. En este momento en la cárcel de Rakesville se encuentra encerrado en una celda el asesino de Arthur Boyd y Carol Martin. Michael, el ayudante del *sheriff*, conoce toda la historia.

Los montañeses le miraron con expectación.

—Sólo quiero que se mantengan al margen —prosiguió Jay—. Yo no puedo escapar. Voy a meterme en esa cueva. Si les engaño, ustedes me harán pedazos. Es un acuerdo razonable. Pueden esconderse tras las piedras y esperar a que salga. Algunos de ustedes deben ir a la otra parte. Me cazarán a balazos si les engaño.

Los cinco hombres se impresionaron por las palabras del joven. Éste empezó a andar de espaldas a la cueva, alejándose de ellos sin esperar una respuesta.

Justo cuando estaba en la entrada, añadió:

—Esperen aquí. Si entran expondrán su pellejo. No olviden que soy como una pieza que por sí misma se ha metido en el cepo.

Retrocedió otros cuatro pasos y de pronto giró bruscamente y echó a correr hacia el interior.

Cuando había avanzado unas treinta yardas se detuvo escuchando a sus espaldas. No; no le seguía nadie. Al parecer, los montañeses habían decidido esperar fuera el desenlace.

Ellos podían matarle, tal como él mismo había dicho.

Dio un suspiro y siguió bacia delante.

Poco después se encontró con un riachuelo que corría a la derecha de la cueva. Las márgenes eran de tierra blanda y anduvo

sin hacer ruido.

De pronto el riachuelo desembocó en una gran laguna donde llegaba mucha luz por una enorme grieta que había en el techo. Se detuvo pegado a la pared. Acababa de ver a McHale a la otra parte de la laguna.

El *sheriff* no miraba en aquella dirección y no le pudo descubrir. Entonces oyó su voz:

—Estás ahí, ¿eh, Sam? Te vuelve a sangrar la cabeza...

Jay miró en la dirección que McHale lo hacía, y entonces vio a Sam que había pretendido esconderse en una oquedad, entre las rocas de la pared. Estaba inmóvil, los ojos desorbitados, fijos en la pistola de McHale.

Jay se dio cuenta de que no podía disparar desde allí. Tenía muchas probabilidades de fallar el tiro. Había mucha distancia y, en cambio, McHale no podría fallar el que dirigiese a Sam. Es lo primero que haría en cuanto oyese el estampido. Matar al negro, porque ignorando que Cranston ya estaba al descubierto, necesitaba una víctima para cargarle las muertes de Arthur Boyd y Carol Martin.

Echó a andar despaciosamente rogando al cielo que McHale demorase unos segundos la ejecución.

—¿Qué le he hecho yo...? —dijo Sam en aquel momento con voz trémula—. ¿Por qué me odia tanto, *sheriff*?

—¿Por qué te odio? ¿Todavía no lo sabes...? Eres un negro, Sam... Un repulsivo y apuesto negro. Quisiera acabar contigo y con todos los de tu especie, pero no puedo. No tengo más remedio que conformarme contigo... ¿Y sabes una cosa? Te necesito muerto para que las cosas puedan salir bien. Soy el representante de la ley en Rakesville y debo velar porque el pueblo siga tranquilo. No puedo permitir que un asesino ande suelto.

—¡Yo no soy un asesino, señor McHale! —gimió Sam.

Jay dobló el ángulo de la laguna y en ese momento, Sam le vio. Jay se percató de que McHale se daría cuenta de su presencia. Le bastaría con observar el rostro asombrado del negro.

—¡Al suelo, Sam! —gritó.

Sam fue ahora rápido de reflejos, quizá porque ya estaba acostumbrado a aquella lucha cruel que había entablado por la supervivencia. Arrojóse sobre las rocas en el instante en que McHale

disparaba.

Jay apretó también el gatillo, pero McHale en ese momento se volvió, y la bala se incrustó en las rocas.

El *sheriff* lanzó una maldición y tapidamente se parapetó tras una gruesa piedra. Burton se echó sobre la pared, pero estaba al descubierto y disparó dos veces para impedir que McHale hiciese fuego a su vez contra él. Luego echó a correr.

Apretó de nuevo el gatillo y, de pronto, del revólver brotó un clic clac y por su cañón no salió ningún proyectil. El arma, con dos balas todavía en el cilindro, había quedado inservible.

Jay, dándose cuenta de su crítica situación corrió más aprisa.

McHale empezó a levantarse para ultimar al periodista y en ese momento, éste, que ya estaba muy cerca de él, se lanzó al aire.

El *sheriff* disparó a quemarropa y Burton sintió cómo la bala le abrasaba la epidermis del muslo.

Entonces su cabeza chocó contra el pecho de McHale y ambos cayeron al suelo.

McHale intentó disparar, pero Jay le agarró férreamente por la muñeca. El revólver empezó a descender, poco a poco, y Jay vio que estaba perdido. McHale le aventajaba en fuerza. No podría evitar nunca que éste le apuntase al pecho.

El rostro de McHale estaba inundado por una mueca de triunfo. Jay sólo tuvo una esperanza. ¿Dónde diablos estaba Sam? Miró hacia arriba y entonces se dio cuenta de que no podía esperar nada. Sam estaba semiinconsciente intentando levantarse. Se debía haber golpeado otra vez en la cabeza contra una piedra. Nunca podría ayudarle. La pistola seguía descendiendo entre los dos hombres que jadeaban.

De pronto, Jay pudo desviar ligeramente la muñeca y el arma quedó horizontal apuntando a las piedras de la derecha.

Jay no veía el revólver porque ahora la mano libre de McHale le había cogido por la barbilla y le empujaba hacia atrás levantándole la cabeza.

Jay estaba a punto de agotar las últimas reservas de energía. Se dio por vencido.

Dejó de ofrecer resistencia y cayó hacia atrás arrastrando tras de sí a McHale.

De pronto se produjo un estampido. McHale estaba todavía

encima de Jay, sonriendo triunfalmente.

Burton le miró casi sin poder respirar y de pronto el ceño de McHale se frunció, sus labios se curvaron en un rictus y sus ojos miraron asustados al periodista.

—Burton... —murmuró—. ¡Maldito sea...! ¡Me ha matado, Burton!

Empezó a incorporarse y entonces Jay le vio el gran agujero que tenía en el estómago. La pistola había girado hacia arriba cuando los dos hombres cayeron.

McHale lanzó un grito, observando el boquete que tenía en el cuerpo y se desplomó, rodando hacia un lado. Quedó boca arriba respirando agitadamente y, por fin, volvió la cabeza y expiró.

Jay se levantó y quedó con las piernas arqueadas mirando a Sam, que ya se había respuesto. El negro contempló al *sheriff* boqueando. Tenía la camisa empapada de sudor, adherida al cuerpo. Y de pronto lanzó un grito feroz, salvaje, y, cogiendo una gran piedra avanzó sobre el *sheriff* con el ánimo de aplastarle la cabeza.

Jay se mantuvo quieto observándole. Sam desvió los ojos hacia el periodista. Permanecieron un rato contemplándose, Sam arrojó la piedra lejos del cadáver de McHale y escondió el rostro entre las manos sollozando convulsivamente.

Jay se acercó a él, le tomó por un brazo y empezaron a retroceder para salir de aquel agujero.

Hicieron el camino despaciosamente.

Llegaron a la entrada de la cueva y se detuvieron.

Ahora, fuera, se habían juntado un par de docenas de hombres. Al frente de ellos estaba Michael, el ayudante del *sheriff*. Y cerca de él esperaba Mary Hughes.

Jay y Sam echaron a andar hacia el grupo y detuviéronse muy cerca. Nadie dijo nada.

Entonces, Jay miró a Sam y le palmeó la espalda.

Se dirigió hacia donde estaba Mary Hughes y miráronse a los ojos.

—Quiero ver a Campbell —dijo Burton—. He de darle las gracias y decirle que nunca tuve intención de aceptar su cargo. Llamaré a Nueva York desde su casa, y luego... —sonrió—. Luego hemos de volar hacia Canadá.

Levantó la palma de la mano y ella depositó la suya en la de él. Empezaron a descender por el monte, los hombres de Rakesville, silenciosos, les acompañaron con la mirada hasta que desaparecieron entre los árboles.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

